LUIS DE OTEYZA

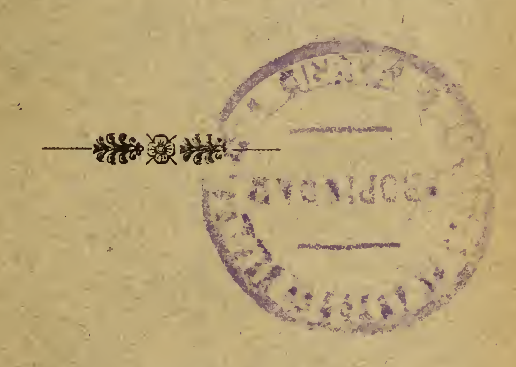
LA MODELO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ALFREDO TESTONI

ADAPTACIÓN A LA ESCENA ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

LA MODELO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ALFREDO TESTONI

adaptada a la escena española por

LUIS DE OTEYZA

Estrenada con éxito extraordinario en el TEATRO DE LA COMEDIA el 26 de Mayo de 1916



MADRID
R Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

A la bella e ilustre actriz

Mercedes Pérez de Vargas

que encarnando la protagonista de esta obra compitió ventajosamente con Lyda Borelli y Tina di Lorenzo.

L. de O.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUANITA FLÓREZ...........	PÉREZ DE VARGAS.
JULIA, marquesa de Palma....	CARBONE.
MARQUESA VIUDA DE PALMA.....................	MARTÍNEZ.
JOSEFINA..................	PACELLO.
VIZCONDE DEL SALAR.....	BONAFÉ.
MARQUÉS DE PALMA.......	ROMEA.
EDUARDO RAMÍREZ........	GONZÁLEZ.
FERMÍN ILLERAS...........	ZORRILLA.
JORGE PILARES............	ASQUERINO.
CONDE DE AVILA..........	RIQUELME.
ANTONIO	PEREDA.

ÉPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

La escena representa un saloncito que sirve de vestíbulo al estudio de escultura de la Marquesa de Palma. El estudio, fondo a la izquierda, tiene una puerta con tapiz medio recogido, que permite ver parte del interior lleno de estatuas y modelos en barro. A la derecha, otra puerta, con tapiz también, que se supone conduce a las habitaciones de la casa. Al fondo, grandes ventanas de cristales, por donde se ven los árboles del jardín. Un biombo, a la izquierda, en primer término, oculta, parcialmente, la entrada de un pequeño gabinete. El saloncito, de muebles elegantes y modernos, tiene algunos estantes con libros, pedestales con estatuitas y búcaros con flores. Un secreter y algunas mesitas de té.

Al levantarse el telón, la Marquesa, junto al secreter, dibuja distraídamente sobre un álbum. Jorge estará sentado en una butaca, frente a ella. El Vizconde de Salar, de pie, como si acabase de entrar de la calle.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA, JORGE y el VIZCONDE DE SALAR

Marq.ª Sí, querido Salar; estaba diciendo a Jorge que hay que saber distinguir entre la amabilidad y la pesadez, y que exagerando aquella se suele caer en ésta. ¡Filosofía pura!

Viz. Y Jorge... ¿tomaba filosóficamente esa filosofía?

Marq.ª No muy filosóficamente. ¡Como es bastante exagerado!... (Ríe.)

Jorge — ¡Por Dios, Julia!

Viz. — Bueno; a lo que vengo... Porque no vengo más que por un momento. Estoy abrumado de trabajo. Me da muchísimo que hacer esto de la protección a las jóvenes.

Jorge — ¡Ah!... pero, ¿te dedicas a proteger a las jóvenes?...

Viz. — Naturalmente. Soy secretario de la Junta para protección de las jóvenes desgraciadas. La madre de Julia es la presidenta y me he impuesto la Secretaría. ¡Tú figúrate! ¡con lo que yo tengo que hacer!...

Marq.ª — ¿Usted?

Jorge — Pero, hombre... Si eres el vago más grande de España.

Marq.ª — A propósito de vagos... Yo tengo que trabajar mucho... De modo que aquí sobra gente.

Viz. — Yo me voy en seguida. En seguida que la diga a usted a lo que he venido, y después de preguntar a usted por la nueva estatua. Mi visita se refiere a ella. Me he permitido invitar, para que la vea, a nuestro gran pintor, a Eduardo Ramírez, que llegará de un momento a otro. Yo he venido a anunciar la visita. ¿He hecho mal?... No en venir a anunciar la llegada de Ramírez, sino en invitar a Ramírez.

Marq.ª — ¿Mal? Según... Usted comprenderá el miedo de una aficionada como yo ante el juicio de un profesional como Ramírez.

Jorge — (Con mal humor.) ¡Ya está uno de Ramírez hasta aquí! (Señalándose al pelo.)

Marq.ª — Estará usted.

Viz. — Pues, hombre, a mí me parece muy simpático.

Jorge — Ramírez en los periódicos; Ramírez en la Exposición... Ya no nos falta más sino que se nos cuele en los salones.

Marq.ª — Tiene usted una manera de decir las cosas... ¿Es que por que Ramírez sea un gran artista va a estar excluído de nuestras tertulias? Al contrario.

Viz. — Pues sí. Me lo encontré; hablamos de usted y mostró grandes deseos de conocer la nueva estatua de la ilustre escultora. ¡Ya ve usted; la llama ilustre escultora!

Jorge — Ramírez es así. Se insinúa...

Marq.ª — Pero... ¿qué quiere usted decir?... Usted sí que es el hombre de las insinuaciones.

Jorge — Está visto que no puedo abrir la boca.

Viz. — Vamos, hombre... No seas exagerado.

Marq.ª — (A Jorge.) Exagerado... ¿Lo ve usted?... Menos mal que no soy yo sola.

Jorge — (Al Vizconde.) Ya lo ves. Resulta que soy un insidioso; un exagerado; un torpe que no sabe distinguir entre la amabilidad y la pesadez.

Viz. — La verdad, Jorge. ¿Sabes lo que eres?... Un bodoque.

Jorge — Muchas gracias.

Viz. — De nada Es la verdad.

Jorge — ¿La verdad?...

Viz. — La verdad. Para hacerse querer hay que hacerse simpático.

Marq.ª — (Riendo.) Está bien.

Viz. — Claro que está bien.

Jorge — ¿Y eso por qué lo dices?

Viz. — Por nada. Hazte simpático.

Marq.ª — Sí, sí... hágase usted simpático. (Ríe con coquetería.)

Jorge — (Que se ha levantado y ha ido paseando con gesto de mal humor hasta la cristalera del fondo.) Para simpático el que viene allí...

Viz. — ¿Quién viene?

Jorge — Un majadero. Avila. Podía tener también asuntos de una Junta de protección e irse en seguida.

Viz. — ¿Una Junta de protección Avila? ¡Si no entiende más que de caballos!

Jorge — Pues que entre en la Junta de protección a la cría caballar...

Marq.ª — ¿También le va usted a criticar a ese su afición? Es un sportman distinguidísimo.

Jorge — Un jokey que quiere llegar a la meta.

Marq.ª — ¿A que meta? ¿Es otra insinuación?

Jorge — ¿También va usted a negar que Avila la hace la corte?

Viz. — En eso de hacer la corte ya se sabe... Muchos son los llamados y pocos los elegidos.

Marq.ª — Y los últimos serán los primeros...

ESCENA II

DICHOS y el CONDE DE AVILA

Conde (Desde la puerta, mostrando con el látigo su traje de montar.) ¿Se puede, aunque sea en este traje?

Marq.ª Adelante.

Conde ¿Qué tal, Marquesa? Hola, Salar. He visto el tronco de Jerez. Estaba enganchado en el patio. ¡Soberbio!

Marq.ª Eso me parece a mí. (Al Conde y a Jorge.) ¿Se conocen ustedes?...

Conde Mucho. Del colegio. ¿Qué tal?

Jorge (Dando la mano al Conde.) Perfectamente. (A la Marquesa.) ¡Ya lo creo que le conozco!... Y conozco sus entusiasmos por los caballos. Pero me gusta más el automóvil.

Conde ¡Qué blasfemia!...

Marq.ª Es natural. Jorge quiere ir siempre muy deprisa.

Conde Así sera de los primeros.

Marq.ª De los primeros es, pero le gustaria más ser de los últimos. Hablábamos de eso cuando usted entró. ¿Verdad, Salar?...

Viz. Sí. Pero, ¿cómo usted por aquí, Avila?...

Conde Dedicado el Arte. Venía a ver la nueva escultura de la Marquesa. Por cierto, que esperaba encontrarla a usted trabajando.

Marq.ª Ahora me pondré: a las cuatro vendrá la modelo.

Viz. ¿Pero hay modelo nueva?

Marq.ª Una que buscó Avila. Un verdadero hallazgo.

Conde Yo lo mismo sirvo para elegir un caballo cruzado de inglés que una mujer cruzada de griega.

Jorge ¿Pero qué dices, hombre?

Conde Que la modelo es cruzada de griega... Como tenía que ser... ¿Verdad, Márquesa?

Marq.ª ¡Claro!... Dado el género de la estatua...

Viz. ¿Es griega la estatua?

Marq.ª Sí. Es decir... yo me propongo que lo sea. Veremos si acierto. Lo dirá, ahora cuando venga, Eduardo Ramírez.

Conde ¡Ah! Ramírez el Conquistador.
Jorge No, hombre... El pintor.
Conde Es que también es conquistador.
Marq.ª Pues aquí viene como pintor. Y estoy azorada, la verdad... ¡Comprendan ustedes que un maestro como él!...
Viz. Un verdadero maestro, eso sí.

ESCENA III

DICHOS y JOSEFINA

Jos. (Entrando.) ¡Señora Marquesa! Un caballero...
Marq.ª ¿Te ha dado su tarjeta?
Jos. No, señora.
Marq.ª Pero te habrá dicho su nombre.
Jos. Sí, señora. Pero no lo recuerdo bien.
Marq.ª Tu no recuerdas bien nada nunca. ¡Vaya una cabeza!...
Jos. (Sollozando.) Pero... si yo... (Se enjuga el llanto con el delantal.) ¡Yo, señora Marquesa!...
Marq.ª Vamos. No seas idiota. Dile que entre.
Jos. Es... que ya ve la señora Marquesa... (Vase sollozando.)
Marq.ª (Al Vizconde) Ahí tiene usted. Esa es una de sus protegidas.
Jorge ¿De las de la Junta?
Marq.ª De las de la Junta. Es muy buena, pero completamente tonta.
Viz. Pues ya ve usted si tiene necesidad de protección.
Conde ¡Claro!... Las listas se protegen solas.
Marq.ª (Al Vizconde.) ¿De modo que no conoce usted a las protegidas de la Junta? ¡Pues sí que es usted un gran Secretario!

ESCENA IV

DICHOS, JOSEFINA y EDUARDO

Jos. (Introduciendo a Eduardo.) ¡Por aquí, señor. (Vase.)
Edu. (Inclinándose.) ¡Señora!... ¡Señores!...

Marq.ª Señor Ramírez...

Viz. Muy bien. Puntualísimo. Cronométrico. (Saludos.)

Marq.ª Estoy verdaderamente azorada con su visita, la verdad...

Edu. Por Dios, señora... ¡Que me azora usted a mí!... Vengo al estudio de una artista ilustre...

Marq.ª Una pobre aficionada y... gracias.

Viz. ¡Vamos, vamos! No tanta modestia. Ni el uno ni el otro.

Marq.ª Sobre todo él, que ha llevado a la Exposición una verdadera obra de arte.

Viz. De eso estoy tan convencido que he comprado el cuadro.

Edu. Eso lo has hecho porque eres amigo mío nada más. Eres un corazon de oro.

Jorge Y de billetes. Sobre todo de billetes.

Marq.ª Es verdad.

Viz. ¡Y dale! Todos me toman por un altruista imbécil o por un filántropo chiflado... Pues no, señor. Yo hago el bien a los demás para hacérmelo a mí mismo. ¿Qué se creen ustedes?... He comprado el cuadro de Eduardo porque es un cuadro muy bueno. Soy Secretario de la Junta de protección de jóvenes desgraciadas para tener algo en qué ocuparme y que no diga la gente que soy un vago. Si hago algún favor a alguien es para tener el gusto de que me digan: «Muchas gracias.» «Le debo a usted la vida.» Y si digo que sí a todo lo que me proponen es porque cuesta más trabajo discutir y perder el tiempo, cosas que hay que hacer cuando se dice que no. ¿Se explican ustedes ahora mi conducta?

Conde ¡Hombre!... Si es así...

Jorge Puede que así sean todos los filántropos y los altruístas...

Marq.ª No. Porque mi madre, que se sacrifica protegiendo a la gente...

Viz. No sé cómo seran los demás. Sé cómo soy yo. Yo, el día que no tuviese a quien proteger, me moriría de aburrimiento. Y por cierto que me voy a mi asunto. (A Eduardo.) Ya anuncié tu visita: ya te he servido de emba-

jador... ya no tengo nada que hacer aquí. Me marcho. Pero volveré. (A Julia.) Estoy citado aquí con su madre. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA V

MARQUESA, EDUARDO, JORGE y el CONDE DE ÁVILA

Marq.ª ¡Qué Salar éste!... Es un fanfarrón del egoísmo. Y tiene un corazón tan grande...

Edu. Tan grande como la curiosidad que yo tengo por conocer su estatua.

Marq.ª Pues yo tengo un miedo terrible de que usted la vea.

Edu. Sobre todo, el asunto me interesa profundamente.

Marq.ª ¡Ay, Dios mío!... El asunto. Usted se habrá dicho: Pero esta mujer es de una audacia increíble: ¡pensar nada menos que en Helena!...

Jorge ¿Qué Helena?...

Conde Yo qué sé. Una griega.

Jorge ¿La preferida de Paris?

Edu. No. La preferida de París fué Venus.

Conde (A Jorge.) ¡Mira que no saber eso!...

Jorge Pues lo que es tú tampoco lo sabías.

Conde Claro que no. Por eso no había dicho nada.

Edu. ¿Y modelo?...

Marq.ª Pues verá usted. Una noche estuvimos en el Real mi marido y yo...

Conde Conmigo...

Marq.ª Lo iba a decir. Bueno; pues al salir, entre el público que bajaba del paraíso vimos una muchacha tan bonita, tan sonriente, tan esbelta, que yo pensé en seguida en mi proyecto de estatua. Había encontrado a mi Helena...

Conde El que la encontró fuí yo.

Marq.ª Es verdad. Avila se había fijado también en ella y yo le encargué que me la buscase.

Conde Y la busqué y la encontré. Me ayudó mi cochero.

Marq.ª Y yo estoy muy agradecida a los dos.

Conde A la casualidad tiene usted que estar agradecida, porque dió la casualidad que la chica era modelo.

Edu. ¿Sí?...

Conde Modelo a ratos. Su profesión normal es modista, pero ha servido de modelo mucho.

Jorge Entonces acaso la conozca usted.

Edu. ¿Cómo se llama?...

Marq.ª Juanita Flórez.

Edu. Sí. Una morena muy guapa. ¡Ya lo creo que la conozco!... Hace unos meses la tuve de modelo para un paisaje.

Conde ¿Para un paisaje? (Ríe.)

Edu. Para un paisaje en el que había una figura. Un remanso del río donde se bañaba una muchacha. Ella, cuando supo de lo que se trataba, se negó, o a lo menos propuso bañarse vestida...

Conde ¿Entonces esa mujer es una Lucrecia Borgia?...

Jorge ¡Hombre!... Borgia no. Lucrecia nada más.

Edu. Yo la tuve que decir: «Hija mía, como siga usted con esos repulgos, hará usted poca carrera como modelo.» Luego la he vuelto a ver y me ha parecido que iba muy elegantita. Se conoce que ha cambiado de profesión.

Jorge O que se ha decidido a desnudarse.

Edu. Acaso. (A la Marquesa.) ¿Porque su Helena estará desnuda?

Marq.ª No, no. Eso ya se ha resuelto. Lo que me preocupa es la actitud. Sobre la actitud tengo que molestar a usted.

Edu. (Con calor.) ¡Molestar!... Usted no se imagina la alegría que me proporciona creyéndome digno de consulta.

Marq.ª Ya no puede tardar mi Helena... Es incapaz de hacerme esperar. Es muy amable. Además es muy inteligente y muy bonita... Es una excelente muchacha. ¡Si no se tuerce!...

Jorge (Interrumpiendo el diálogo de la Marquesa y Eduardo) ¡Como se tuerza.. adiós estatua!

Conde (Riendo a carcajadas.) ¡Has estado muy bueno!...

Marq.ª (Picada.) Sí. Es graciosísimo. (Tratando de reanudar el diálogo con Eduardo.) Pues sí, le decía a usted que mi modelo...

ESCENA VI

DICHOS y JUANITA

Jua. (Entrando.) Me he retrasado... ¿no? ¡Los malditos tranvías!... ¡Señora Marquesa!... (Queda parada mirando a los demás.)

Conde ¡Oiga usted!... ¿Y yo? ¿A mí no se me saluda?...

Jua. ¡Oh, señor Conde!... Perdone usted... Como entro de la calle, vengo cegada por el sol y no distingo...

Marq.ª Ya se nota, porque aquí tiene usted más conocidos.

Jua. (Mirando a Jorge.) ¿Conocidos?...

Marq.ª Un pintor que la ha tenido a usted de modelo...

Jua. (Mirando siempre a Jorge.) ¿El señor es pintor?...

Conde No lo permita Dios... ¡Con los dibujos que hacía en el colegio!...

Jua. (Viendo a Eduardo que avanza hacia ella.) ¡Ah, si es este el señor a quien conozco... el señor Ramírez! Y se digna saludarme...

Edu. Claro que me digno. Aunque si estuviera incomodado sería natural... ¡Como usted se negó en cierta ocasión!...

Jua. ¡Ah, sí! Lo dice por lo del baño. (A Eduardo.) ¿Se lo cuenta usted a todo el mundo?... Aquello fué un capricho nada más.

Conde ¡Claro!, porque siendo modelo tendrá usted que serlo desnuda, ¿verdad?

Jua. A usted no le importa. Como no es usted artista no he de servirle de modelo.

Jorge Muy bien dicho.

Marq.ª Muy bien dicho. Pero necesitamos trabajar... Conque andando. El que no haga falta que se vaya.

Conde Yo creo que me puedo quedar... Puedo dar algún consejo.

Jorge Tú no entiendes más que de caballos... conque vete...

Marq.ª Y usted con él.

Jua. ¡Señores, circulen!...

ESCENA VII

DICHOS, el MARQUÉS DE PALMA y DON FERMÍN

Marq. (Entrando. A don Fermín.) ¡Grand complet! Hay muchos aficionados a la escultura. ¿No se lo dije?...

Fermín ¿Me lo dijo usted?...

Marq. ¡Ahora mismo!..

Fermín Pues no me acordaba.

Marq. Es igual. (A los presentes.) ¿Dedicados a las artes, señores?..

Jorge Naturalmente. Todos no vamos a dedicar el día entero a trabajos políticos.

Marq. Es verdad. Le decía yo precisamente al señor Illeras...

Fermín ¿Me había usted hablado de trabajos políticos?

Marq. ¡Claro que sí!

Fermín Será verdad... No me acordaba.

Marq.ª ¿Por fin viene usted, don Fermín? ¡Bien se ha hecho usted esperar!

Fermín Se me había olvidado, señora.

Marq.ª ¡Vaya por Dios! (Presentándole a los otros.) Don Fermín Illeras, magistrado del Supremo. (A Eduardo.) Voy a hacerle un busto...

Fermín Para la Academia de Jurisprudencia de Colombia. ¿Es la de Colombia?... Sí, la de Colombia, que me ha nombrado socio de honor y quiere...

Marq.ª Porque don Fermín es socio de honor de una docena de Academias..

Fermín De catorce. Inmerecidamente, pero de catorce. Me acuerdo perfectamente.

Marq.ª Gracias a Dios que se acuerda usted de algo.

Marq. Sí, la Academia de Jurisprudencia de Colombia quiere tener el busto de don Fermín para el salón de sesiones.

Marq.ª Y yo me he encargado de hacerlo y se lo haré con su muceta, su toga, el gran collar... Lo haré apenas termine la estatua. (A don Fermín, señalándole a Juanita.) En cuanto acabe con este modelo empezaré con usted.

Fermín Si quiere usted empezar antes... me es lo mismo.

Marq a Pero a mí no. Ya le he dicho que antes tengo que terminar la estatua.

Fermín ¿Lo ha dicho usted, Marquesa?...

Marq.a Sí, don Fermín, sí.

Marq. ¿Y Salar, no ha venido?

Jorge Se acaba de marchar. Tenía que hacer no sé qué asunto de la Junta de protección a las jóvenes...

Conde De esa Junta que no sirve para nada...

Jua. ¡Ya lo crec que sirve! (Todos se vuelven a mirar a Juanita.)

Marq.a ¿Pero lo sabe usted?

Jua. ¡Ya lo creo! Por experiencia.

Jorge ¿Cómo?...

Conde ¡Jamás lo hubiera creído!...

Marq. Es cosa seria... Veamos, don Fermín.

Fermín ¿El qué vamos a ver?

Marq. Para lo que ha servido a esta señorita la Junta de protección a las jóvenes.

Fermín Pero... ¿la ha servido para algo?

Marq.a ¡Acaba de decirlo!

Fermín No me acordaba.

Marq.a Bueno, Juanita, cuente usted eso.

Jua. Pues nada... que hace algún tiempo tuve que ir al campo a curarme...

Jorge ¿De mal de amores?...

Jua. Es posible. Lo importante es que estaba enferma, que en mi casa no había dinero y que mi madre acudió a esa Junta y su presidenta nos facilitó los medios para poder curarme.

Marq.a Pues la presidenta de esa Junta es mi madre que ahora mismo vendrá. Ha dicho Salar que había quedado en venir.

Jua. ¡Ay, pues me alegraré conocerla!

Marq.a Y yo no me alegraré de que la conozca usted, pues al saber que una de sus protegidas está de modelo querrá quitarla del oficio...

Jorge Y meterla a usted monja.

Jua. Pues lo que es yo no tengo vocación.

Marq. Bueno, Julia, te dejo a don Fermín y me marcho.

Marq.a Te acompaño. Un momento, don Fermín; espere usted aquí un momento. (Salen el Marqués y la Marquesa.)

ESCENA VIII

JUANITA, EDUARDO, DON FERMÍN, JORGE y CONDE DE AVILA

Jua. (En cuanto ha salido la Marquesa toma un aire desenvuelto.) ¿Pero no se iban ustedes a marchar, señores?... ¡Que tengo que desnudarme!...

Fermín (Sentándose.) ¡Empiece usted, empiece usted!...

Conde ¡Digo, el magistrado!... ¡Pues no toma asiento!... (Se sienta también.)

Jorge (A Avila.) ¡Ah!... ¿pero tú también te quedas?... Entonces... (Se sienta. A Eduardo.) ¡Siéntese usted también, señor Ramírez!...

Jua. ¡Ja, ja!... ¡Vaya una colección de frescos!.. Pero les advierto que yo me cambio de vestido en aquel gabinete.

Conde ¡Vamos, mujer!... ¡Qué tonterías de pudor!...

Jua. ¡Oiga, oiga... pocas confianzas... que ese no es camino para mí.

Fermín Diga, joven... ¿para usted cuál es el camino?...

Jua. Se le va a usted a olvidar...

Conde Por eso debes enseñármelo a mí.

Jua. ¡Déjeme usted en paz!...

Conde ¡Vaya un genio!

Jua. No. Se me pasa pronto. Sobre todo, a usted le estoy agradecida porque me ha traído a una casa *bien,* como ésta.

Jorge Entonces... amigos todos.

Fermín ¡Claro!... Me acuerdo yo que una vez...

Jorge ¿Pero se acuerda usted de algo?

Jua. De lo que se tiene que acordar él y todos ustedes es de que aquí estorban.

Conde Bueno. Pues para que vea que quiero complacerla, me voy y me los llevo. (A don Fermín y a Jorge.) ¿Vámonos, señores? (A Eduardo que ha permanecido apartado del grupo.) Usted se queda, ¿verdad?...

Edu. Yo he de esperar...

Conde Bueno, adiós.

Edu. ¡Señores!...

Fermín / **Jorge** } Buenas tardes.

Conde (Saliendo. A Juanita.) Ya la dejo con él... ¿No era eso lo que usted quería?...

Jua. (Riéndose a carcajadas.) ¡Qué estúpido! (Sale don Fermín, Jorge y Avila.)

ESCENA IX

EDUARDO y JUANITA

Edu. ¿Decía usted?...

Jua. Que después de todo es muy simpático este Conde.

Edu. ¿Y se lo ha dicho usted a él?

Jua. Eso a usted no le importa. Yo el sí o el no se lo digo a los propios interesados.

Edu. A mí ya me dijo usted que no... que no se desnudaba para servirme de modelo.

Jua. Tampoco usted me preguntó más que eso y desde entonces no ha vuelto usted a necesitarme. ¡Habrá usted dejado de pintar!

Edu. Ahora volveré a empezar.

Jua. ¿Y tiene usted modelo?

Edu. Esa es una pregunta a quemarropa que no se puede contestar de pronto. Es como si yo la preguntase a usted: «¿Tiene usted amante?»...

Jua. Y yo le contestaría a usted de repente que no, y le preguntaría si la tiene usted...

Edu. ¿Yo?... Pero, ¡vaya, vaya a vestirse!

Jua. Voy. (Se encamina hacia el gabinete, pero antes de entrar vuelve riendo.) ¡Oiga!... Otra pregunta, aunque no me ha contestado usted a las que le he hecho. ¿Viene usted mucho por aquí?...

Edu. ¿A este estudio?... Es la primera vez.

Jua. Y... cuando vuelva usted y esté yo «posando» ante la Marquesa, ¿deberé retirarme?...

Edu. ¿Pero qué se ha propuesto usted? Vamos, a vestirse, a vestirse.

ESCENA X

DICHOS y la MARQUESA

Marq.ª (Entrando por la derecha.) ¡Ya estoy aquí! (Reparando en Juanita.) Pero... cómo, ¿todavía no se ha cambiado usted de ropa?

Jua. Perdón. Voy corriendo. (Desaparece detrás del biombo.)

Marq.ª (A Eduardo.) ¿Se han marchado ya esos señores?

Edu. Sí.

Marq.ª ¿Y don Fermín también sin que acordásemos cuándo había de volver?...

Edu. Se han ido todos al verse abandonados por usted. Yo me he quedado en contemplación ante su obra... (Señalando una de las estatuillas.) ¿Este es el torso de última exposición, verdad?... Somos viejos amigos. (Dirigiéndose a la estatua.) ¿Te acuerdas cuántas veces he estado junto a ti esperando?

Marq.ª ¿Esperando qué?...

Edu. Esperando ver si iba a visitarle su autora. ¡Qué delicadeza, qué gracia!

Marq.ª Si no vale nada...

Edu. Demasiado sabe usted lo que vale.

Marq.ª ¿La estatua?

Edu. Y la autora.

Marq.ª ¡Galanterías!

Edu. Verdades.

Marq.ª ¿Pero la estatua le parece a usted de veras tolerable?

Edu. Tan tolerable como intolerable la autora. ¿Se acuerda usted de la otra noche en el Real? Me volvió usted la espalda no sé cuantas veces.

Marq.ª Naturalmente... Estaba usted cañoneándome con los gemelos...

Edu. ¡Ah, vamos!... ¿No niega usted?...

Marq.ª Ahora, en cambio, no le vuelvo a usted la espalda.

Edu. De modo.. (Avanza hacia ella pero se contiene y se vuelve a mirar un grupo de mármol.) ¿Cómo titula usted esto?

Marq.ª (Acercándose a Eduardo.) Capricho.

Edu. Pues yo lo llamo pasión; pasión furiosa. (Quedan mirándose casi juntos. Juanita, que sale del gabinete vestida con túnica de griega y trae en la mano una guirnalda de flores, viene a preguntar cómo debe ponérsela, pero viendo la actitud de Eduardo y la Marquesa se vuelve con un movimiento cómico y se oculta detrás del biombo nuevamente.)

Marq.ª (Rechazando a Eduardo con suavidad.) ¡Calma calma!...

Edu. Es más fácil recomendarla que tenerla.

Marq.ª Es mucho más fácil tenerla cuando se razona un poco.

Edu. ¿Razonar?... Pero, ¿puedo razonar? ¿Por qué me ha hecho usted venir aquí donde salen de sus manos tantas obras de ensueño y de poesía?

Marq.ª ¿Ensueño... Poesía... de manos llenas de barro?

Edu. ¿Se burla usted de mí?

Marq.ª Si burlándome consigo que sea usted razonable... (Juanita vuelve a salir de detrás del biombo. Coge una silla y hace ruido con ella. Eduardo se vuelve y al ver a Juanita se separa de la Marquesa y se aproxima a mirar una estatua.)

Edu. (Con exagerada admiración.) ¡Estupendo! ¡Es un desnudo estupendo!

Marq.ª ¡Pero si no es un desnudo!

Edu. Desnudo o vestido... es estupendo.

Marq.ª (A Juanita.) ¿Está usted ya?... ¡Qué pronto!

Jua. ¿Pronto?... Es que no sé ponerme bien la guirnalda.

Marq.ª Bueno. Vamos al estudio. Allí lo arreglaremos todo.

ESCENA XI

DICHOS y la MARQUESA MADRE

M. Mad. (A Ramírez que avanza para saludarla.) ¡Ilustre pintor!... ¿Usted por aquí?...

Edu. Señora... He venido...

M. Mad. Lo sé, lo sé. Por Helena, la de Troya. (Mirando a Juanita.) ¿Esta señorita es la modelo?

Marq.ª Sí, mamá.

M. Mad. (No pudiendo ocultar su disgusto al ver el traje vaporoso de Juanita.) ¿Y la vas a reproducir así, con un vestido tan escaso?

Marq.ª ¡Mamá, por Dios!... Era la moda de los griegos.

Edu. Y hay historiadores modernos que opinan que llevaban menos ropa todavía.

M. Mad. Pues es una opinión un poco libre.

Marq.ª Bueno. Si lo permites vamos a pasar al estudio a trabajar.

M. Mad. Un momento. (A Juanita.) ¡Oiga usted, señorita!...

Edu. ¡Ya está la presidenta de la protección a los jóvenes en funciones!

M. Mad. ¿Es usted modelo hace mucho tiempo?

Jua. Sí, señora. (A señas que la hacen Eduardo y la Marquesa.) Bueno... mucho no. Unos dos años.

M. Mad. Es un oficio... un poco...

Jua. Sí, señora, pero cuando no se tiene otro...

M. Mad. Tener que ir a los estudios de los artistas... Desnudarse cuando ellos quieren...

Jua. Eso, según...

Marq.ª Mamá, estamos perdiendo un tiempo precioso.

M. Mad. Puede ser que no sea perder el tiempo mi interés por esta pobre joven. Porque supongo que será usted pobre.

ua. ¡Ya lo creo, señora! ¡Si fuera rica!...

M. Mad. Es natural. ¿Tiene usted familia?

Jua. Tengo madre pero no vive en Madrid.

M. Mad. ¡Ah! ¿De manera que vive usted sola?

Jua. (A nuevas señas de Eduardo y la marquesa) No. (Enfáticamente.) ¡Vivo con dos tías!

M. Mad. (Tranquilizada.) ¡Menos mal! (A Eduardo y la Maiquesa.) ¡Menos mal! ¿verdad? (A Juanita.) ¿Y esas tías serán personas serias y formales?

Jua. Demasiado, señora. Ya ve usted, no quieren que yo sea modelo.

M. Mad. Es natural. ¿Y usted?

Jua. Yo... con franqueza, tampoco.

M. Mad. (Con alegría.) De modo que si alguien la ayudase a usted a tomar otro camino...

Jua. ¿Otro camino mejor?

M. Mad. Claro está. Tiene usted cara de buena. ¿Si yo me interesase por usted?...

Jua. Pues se lo agradecería a usted mucho. Como la he agradecido ya lo que ha hecho por mí.

M. Mad. ¿Qué he hecho por usted?

Jua. Costearme la curación. ¡La señora Marquesa ya no se acuerda... ¡Es natural! Pero yo no me olvido. Una de las juntas benéficas a que pertenece la señora Marquesa me auxilió cuando estuve enferma.

M. Mad. Pero, ¿estuvo usted enferma?

Jua. Daba lástima. Estaba en los huesos, tosía, me ahogaba.

M. Mad. ¿Y aún no estará usted bien? Continuaré mi obra auxiliándola a usted. ¡No faltaba más! ¿Tú has oído, Julia? (A la Marquesa.)

Marq.ª Sí, mamá. Pero ahora déjanos trabajar.

M. Mad. Bueno, bueno. Id con Dios. (A Juanita.) No me olvidaré de usted.

Jua. Muchas gracias.

Marq.ª Vamos. Vamos a trabajar. (Se dirige a la puerta del estudio con Eduardo y Juanita.)

M. Mad. ¡Oye, Julia! Ya ves lo buena que es. No la copies en la estatua demasiado desnuda. Haz una Helena en tiempo de invierno.

Marq.ª Bueno, sí; descuida. (Sale con Eduardo y Juanita.)

ESCENA XII

MARQUESA MADRE y VIZCONDE DEL SALAR

M. Mad. (Al Vizconde que entra todo sofocado.) ¡Querido Salar, llega usted como llovido del cielo.

Viz. Pues yo también me alegro de encontrar a usted. La buscaba para presentarla mi dimisión. Usted comprendera... que yo no sirvo para proteger jóvenes feas.

M. Mad. Pero, ¿qué dice usted, Vizconde?

Viz. Que era horrible la joven a quien me ha mandado usted que llevase un socorro... Con la narices roídas por un cáncer. Vengo asqueado. ¡No sirvo, no sirvo!

M. Mad. ¡Cállese usted! No acepto la dimisión. Precisamente en estos momentos... ¿No me nota usted nada en la cara?

Viz. No se la he mirado, la verdad. Después de la cara que vengo de ver he jurado no mirar ninguna.

M. Mad. ¡Fíjese usted bien! ¿No me nota usted que estoy emocionada? Usted es un hombre muy original, muy independiente, muy enérgico..., pero tiene usted un corazón de oro...

Viz. Comprendo... (Sacando la cartera.) Diga usted cuánto es y no hablemos más.

M. Mad. No se trata de eso. Se trata de algo que tiene mayor importancia. Ha llegado el momento de que nuestra junta realice una obra verdaderamente seria.

Viz. ¡Ya era hora!

M. Mad. Amigo mío. Es necesario separar una joven del mal camino. Se trata de una joven que para vivir necesita desnudarse delante de la gente. ¿Comprende usted?

Viz. Con más claridad no lo ha podido usted decir. Comprendo.

M. Mad. (Disgustada.) ¡No ha comprendido usted! Lo que usted cree es lo que hay que evitar a toda costa. ¡Vizconde, usted es un hombre muy original.

Viz. Muy independiente y muy enérgico.

M. Mad. Pero tiene usted un corazón de oro.

Viz. Eso es.

M. Mad. Bueno, pues sepa usted que la joven de quien se trata tuvo que ser protegida por la junta para que se curase. Estaba en los huesos, tosía, se ahogaba...

Viz. ¡Se habrá muerto ya!

M. Mad. Y ahora, esa desgraciada, para poder vivir, lucha con su vergüenza; llama a las puertas de los artistas.

Viz. ¿Pide limosna?

M. Mad. Algo peor. Sirve de modelo.

Viz. ¿Estando en los huesos?

M. Mad. Esas son las infamias del mundo.

Viz. ¡Pobrecilla!

M. Mad. ¿Lo ve usted cómo se conmueve? ¡Es preciso procurarla un oficio mejor!

Viz. Claro... porque de modelo, estando en los huesos, ganará poco.

M. Mad. Hay que quitarla de esa vida, que la está costando tantas lágrimas.

Viz. Bueno. ¿Y qué podemos hacer?

M. Mad. Esa muchacha está aquí.

Viz. ¿Aquí?

M. Mad. Sirviendo de modelo a mi hija.

Viz. (Asombrado.) ¿Ese esqueleto para modelo de Helena?... ¡Habrán cambiado de asunto!

M. Mad. Ella está dispuesta a hacer lo que la digamos. Interróguela usted con habilidad sobre sus aspiraciones. Conmigo tendrá ciertos

reparos. Y luego... cuando hayamos arreglado el asunto lo llevamos a la Junta. ¡Figúrese usted el efecto! Ahí viene.

ESCENA XIII

DICHOS y JUANITA

Jua. (Que entra moviendo los brazos y las piernas, cantando la Rumba.) ¡Anda, colúmpiate, colúmpiate!

Viz. (Viéndola.) Pero... cómo. ¿Es esta la joven que vamos a proteger?

Júa. (Cesando en el canto y en el baile al observar que la miran.) ¡Perdone usted, señora..., pero estar tanto tiempo inmóvil y en una postura tan difícil! Se duermen los brazos y las piernas y hay que estirarlos...

M. Mad. Me lo figuro. ¿Mi hija ha quedado con el señor Ramírez?

Jua. (Burlona.) ¡Están dando los últimos toques! Yo he salido a desnudarme.

M. Mad. Dirá usted a vestirse, hija mía. Y dice usted que están dando los últimos toques. Voy a entrar. ¿No estorbaré?

Jua. No sé, señora.

M. Mad. Mientras, el señor Vizconde del Salar la hablará a usted a usted de algo muy interesante. ¿Le conoce usted?

Jua. Sí; le he visto algunas veces en un automóvil estupendo.

Viz. (Aparte a la Marquesa Madre.) ¡Perdone usted, pero..., ¿es de veras esta la joven a quien hay que proteger?

M. Mad. Sí. ¿Por qué lo dice usted?

Viz. Porque es muy guapa.

M. Mad. ¡Razón de más! Más expuesta está a las tentaciones. (Alto a Juanita.) Conteste usted con toda franqueza al Vizconde. (A Salar.) Usted, vea cómo la trata. La cuestión es hacerla feliz. Bueno, me voy con mi hija. Hasta luego. (Sale.)

Viz. ¡Palabra de honor que no sé cómo empezar! Si hubiese estado moribunda, como decía la presidenta, la cosa hubiera sido más fácil pero tiene una salud a prueba de bomba...

Jua. Perdone usted, señor Vizconde. Si me presento así...

Viz. De nada. Al contrario. (Con tono solemne.) ¡De modo, señorita, que!... (Mirando a Juanita.) Pero me parece que tiene usted más ganas de reir que de otra cosa...

Jua. ¿Sabe usted de qué me río?... De ver que la madre de la señora Marquesa entra en el estudio cuando sospecho que a mí me han echado de allí para estar solos... Pero, ¿qué tiene que decirme?

Viz. Tengo... tengo que hablar con usted seria y largamente.

Jua. Bueno. Pues yo voy a cambiarme de ropa y me dice usted lo que quiera a través del biombo. (Entra en el gabinete.)

Viz. O sin biombo. Lo mismo da. Pues, sí, hija mía... En nombre de la presidenta de la junta de protección a las jóvenes desgraciadas, junta de la que yo, aunque indigno, soy secretario.

Jua. (Desde dentro.) ¡Maldita túnica!...

Viz. ¿Qué la pasa a usted?

Jua. Que me han puesto un alfiler y no puedo quitármele.

Viz. (Aproximándose al biombo.) ¡Si quiere usted que la ayude!...

Jua. No. Ya me lo quité.

Viz. Bueno. Pues hija mía. Sabemos que no es usted modelo por su voluntad...

Jua. No, francamente.

Viz. Entonces... usted preferiría... Oiga usted. Hábleme con franqueza, con toda franqueza. Dígame sus deseos, sus aspiraciones. Vamos a ver... (Saca un cuadernito y un lápiz, se sienta y se dispone a escribir.)

Jua. ¿Quiere usted que le diga lo que me gustaría?

Viz. Sí. Vamos a ver.

Jua. ¿Lo que me gustaría ser?

Viz. Precisamente. ¿Querría usted ser doncella, enfermera, institutriz, telefonista?...

Jua. (Saliendo del gabinete a medio vestir y poniéndose delante del Vizconde.) ¡Me gustaría ser propietaria. Ese es mi ideal. Tener casa, dinero, alhajas...

Viz. (La mira largamente. Se guarda el librito y el lápiz.) Como ideal es... definitivo.

Jua. ¿Verdad?... Y me gustaría, además...

Viz. ¡Caramba!... ¿Además?

Jua. Tener un automóvil. Un automóvil, por ejemplo, como el de usted. Lo veo y me quedo mirándolo con la boca abierta.

Viz. ¿Mirando el automóvil?

Jua. ¡Qué pregunta! Mirando el automóvil y al dueño...

Viz. (Mientras ayuda a abrocharse el traje por detrás a Juanita.) Bueno. Pues, francamente. Yo si la viese pasar a usted en automóvil no miraría más que a la dueña. (Se aproxima a ella muy amartelado, pero de repente retrocede y cambia de tono.) ¡Diga usted!... ¿No estará usted ya tísica?

Jua. ¿Yo tísica?

Viz. Me lo dijo la presidenta. Que tosía usted que se ahogaba... ¡Verdad es que también me dijo que estaba usted en los huesos!... Lo habrá inventado la pobre para obligarla a usted a cambiar de profesión... Cosa que yo, por amor al arte, no aconsejo. Copiándola a usted no es posible que salgan obras feas.

Jua. ¿Usted pinta también?

Viz. ¿Quién, yo?... No sé. No he probado nunca. Pero todo será que me decida. ¡Si usted quisiera ser mi modelo!... ¡Si se lo permiten a usted!...

Jua. ¡Permitírmelo!... En mí no manda nadie Soy dueña de mis acciones.

Viz. Como yo.

Jua. ¿No tiene usted mujer?

Viz. Nunca. Soy soltero de nacimiento.

Jua. ¿Y vive usted solo?

Viz. Solísimo.

Jua. (Acercándoselé con mimo.) ¡Pobrecillo!...

Viz. Pobrecillo, ¿por qué?

Jua. Porque solo se aburrirá usted enormemente.

Viz. Sí, claro. (Sacando otra vez el librito del bolsillo.) Pues yo tengo que preguntarle a usted...

Jua. ¿Por encargo de la junta?...

Viz. Naturalmente. Se trata de saber si continúa usted enferma...

Jua. Gracias a Dios, no.

Viz. ¿No tose usted ya?

Jua. Afortunadamente.

Viz. Vaya... pues lo siento,

Jua. ¿Por qué?...

Viz. Porque necesitaría usted otra temporada de campo y yo la llevaría en el automóvil...

Jua. ¿En el automóvil?

Viz. Sí. ¡Ya ve usted si es lástima que no este usted enferma! Pero de todos modos lo ha estado usted y hay que protegerla para impedir que recaiga... ¿Usted vivirá en una casa modesta?

Jua. Sí, modesta, pero muy ventilada.

Viz. ¡Ay, hija mía! No se vive sólo del aire... Yo la pondré a usted una casa amplia, bien amueblada, con comodidades, donde iré a visitarla como secretario de la junta...

Jua. ¡Qué bueno es usted!...

Viz. Y luego... en mi automóvil daremos paseos al Pardo, a Aranjuez...

Jua. Eso, eso... y mañana mismo, mañana mismo...

Viz. Pero, ¿aceptaría usted?

Jua. ¡Ya lo creo que aceptaría! Pero es una broma de usted...

Viz. Nada de broma. Probaremos. Y si el automóvil corre bien con los dos... Adelante.

Jua. Simpático...

Viz. ¡Comprímase usted como yo me comprimo... que vienen!...

ESCENA XIV

DICHOS, MARQUESA, MARQUESA MADRE y EDUARDO; luego DON FERMÍN por la derecha

M. Mad. (Al Vizconde.) Me parece que habrá usted tenido tiempo...

Viz. Sí, señora; digo, no, señora; digo... no digo nada.

M. Mad. ¡Hable usted, hable usted! No es un secreto lo que proyectamos. (Reparando en don Fermín, que entra.) Ni siquiera para don Fermín, aunque no es de la junta.

Marq.ª Pero, señor Illeras... ¿vuelve usted? ¿Cómo

se marchó usted sin que quedásemos en cuándo se haría ese busto?

Fermín Me alegro que me recuerde usted que me marché olvidándome de preguntarla a usted eso. Se me había olvidado a qué venía y vengo a eso..., a decirla que se me olvidó preguntarla cuándo tenía que venir para hacerme el busto.

Marq.ª ¡Oh! Hasta que se acabe la estatua de Helena no puede ser.

Fermín Es lamentable porque á los juriconsultos de Colombia, ¿es la Academia de Colombia, verdad?... Sí, a los jurisconsultos de Colombia les corría prisa poner mi efigie en el salón de sesiones.

Marq.ª Sin embargo, está fresco el barro de la estatua. No se puede dejar. (A Juanita.) Mañana viene usted a la misma hora, ¿eh?

Jua. (Mirando al Vizconde.) Lo siento mucho pero mañana no puedo.

Marq.ª ¿Por qué?

Jua. Porque hemos proyectado una excursión en automóvil el Vizconde y yo.

M. Mad. ¿Una excursión en automóvil? ¿Usted y el Vizconde? ¿Solos?

Viz. ¡Por Dios, señora!... Solos no. Con el chauffeur.

M. Mad. ¡Ah!...

Viz. Es lo que habíamos convenido. La pobre sigue mal del pecho. Necesita aires de la sierra.

M. Mad. ¡Oh, muy bien, muy bien!

Marq.ª (A don Fermín.) Pues entonces, venga usted mañana. Empezaremos el busto.

Edu. Haces una obra buena, Salar, que debe ser agradecida. (Entre burlón y picado.)

Jua. Yo se lo agradeceré mucho.

M. Mad. Y la junta.

Fermín Y los jurisconsultos de Colombia, porque así tendrán antes el busto, digo... ¿es la Academia de Colombia la que quiere el busto?... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Estudio de pintura de Eduardo Ramírez. Muebles artísticos de buen gusto. Estatuas, bocetos, libros, armas, etc. Un cuadro grande sobre un caballete Sobre una mesita hay una cesta llena de flores. A la izquierda, puerta de la alcoba. A la derecha. puerta que se supone da a otras habitaciones.

ESCENA PRIMERA

JORGE y ANTONIO

Jorge (Que sentado en un sofá fuma, mientras Antonio limpia y arregla la habitación.) ¿De modo que no está tu señorito?

Ant. No, señor.

Jorge ¿Salió hace mucho?

Ant. Bastante.

Jorge ¡Oye! ¿Y cuándo vendrá? ¿Tú sabes?

Ant. Dijo que volvería pronto.

Jorge Espera gente... ¿no?... ¡Esas flores! ¿Espera a alguna mujer? Aquí vendrán muchas mujeres.

Ant. ¡Algunas, algunas!... Y muchos pelmas, porque mi señorito conoce a medio Madrid.

Jorge (Confidencial.) ¡Oye!... ¿tú sabes?... A mí puedes decírmelo. ¿Qué mujer es la que toca hoy? Vamos, hombre!...

Ant. No sé, señorito. Me dijo que trajese estas flores; que arreglase el estudio, pero no sé

más. (Suena un timbre.) Ya está ahí. Voy. (Sale Antonio, y Jorge queda examinando las flores y sonriendo irónicamente.)

ESCENA II

JORGE y el VIZCONDE

Viz. (Entrando.) ¡Hola!¿Pero qué haces aquí?

Jorge Lo que tú. Yo no te he preguntado a ti a qué vienes.

Viz. No te piques, hombre. Eres poco diplomático. En seguida enseñas la oreja.

Jorge ¿Qué oreja?

Viz. Las dos. Vamos a ver: ¿a qué has venido?

Jorge Pues nada..., que pasaba por aquí y me dije: voy a subir a saludar a Ramírez. Pero no está.

Viz. Ya sé que no está. Y eso es lo que me choca. Me ha escrito una carta citándome con urgencia a esta hora... (Sentándose.) Le esperaré.

Jorge (Sentándose también.) ¿Y qué hay de nuevo?

Viz. No sé nada. ¡Me interesan tan poco las cosas de los demás!...

Jorge (Después de una pausa.) ¡Ah, oye!... Te doy la enhorabuena.

Viz. ¿Por qué?

Jorge Por el estupendo traje de anoche.

Viz. ¿Mi traje? ¿Pues qué tenía mi traje de estupendo?

Jorge El tuyo no, hombre. El de Juanita. Iba elegantísima.

Viz. Pues la enhorabuena dásela a ella. Yo en ese traje no he tenido más intervención que pagarlo.

Jorge ¡Caray! ¡Pues no es poca!

Viz. ¡Bah!

Jorge Verdad es que para ti, con el fortunón que tienes... Pues sí. En el palco de Julia no se habló de otra cosa que de la *toilette* de Juanita. ¡Cómo viste; qué elegancia, qué lujo!... y la pobre Marquesa madre la miraba, no sé si con tristeza o con admiración. No sé si la ha gustado o la ha disgustado a la Presi-

denta de la junta de protección a las jóvenes el trabajo de su secretario.

Viz. ¡Pobre señora! Al principio se enfadó muchísimo, pero al fin hicimos las paces. La dije: «Después de todo, Juanita es la única joven a quien la junta ha protegido de verdad. No puede estar usted descontenta de mi labor como secretario; he hecho una protección eficacísima.» «¡Pero a qué precio!»—me repuso indignada.—Yo la contesté: «Un poco caro, aunque no mucho, si se considera que es una protección en toda regla.»

Jorge Tienes una protegida admirable.

Viz. Ya sé, ya sé que te gusta.

Jorge ¿A mí?...

Viz. Me lo ha dicho ella misma... ¡conque ya ves!...

Jorge Me gusta... pero honradamente. La estuve mirando toda la noche para darle celos a Julia. Quiero emplear todos los medios.

Viz. ¡Los celos!, ¡la persecución!...

Jorge ¿Por qué dices lo de la persecución? ¿Tú sabes? ..

Viz. Yo no sé nada. ¡Déjame en paz!

Jorge Pues parece que lo sabes todo. ¿Has visto esas flores? ¿Para qué son?

Viz. ¡Hombre!... Serán para adornar la habitación.

Jorge ¿Y por qué?

Viz. ¿Cómo quieres que yo lo adivine?

Jorge Pues yo lo he adivinado. Aquí se espera una mujer. Y esa mujer, no estoy seguro, pero creo...

Viz. ¿Qué crees?

Jorge Que Eduardo y Julia se entienden.

Viz. ¡Qué cosas dices! ¿En qué te fundas?

Jorge En nada. Y por otra parte como Julia sigue coqueteando con Avila...

Viz. ¿También Avila? Entonces es la lista grande.

Jorge ¡Ah!... ¿pero me vas a negar?...

Víz. Yo no te voy a negar nada. Déjame en paz.

ESCENA III

DICHOS y EDUARDO

Edu. (Entrando.) ¡Señores! (A Jorge.) ¡Caramba, Jorge! ¿Usted por aquí? (Al Vizconde.) ¡Perdóname que te haya hecho esperar.

Viz. ¡Ca, hombre!... Estábamos charlando.

Jorge Me encontré a Salar en la calle. Me dijo que venía a verle a usted, y por acompañarle... Psch... Vine yo también.

Viz. (Mirando sorprendido a Jorge.) ¡Bueno!

Edu. (Al Vizconde.) Te he llamado con urgencia porque necesito de ti. Vas a hacerme un favor.

Jorge Si es cosa reservada me voy.

Edu. No, no es ningún secreto. (Al Vizconde.) Tengo necesidad de algún dinero.

Viz. ¡Vamos, que te compre otro cuadro!

Edu. No se trata de una compra sino de un préstamo. Tengo que hacer un viaje repentino. Esperaba cobrar la medalla y el gobierno no me la paga. El viaje no lo puedo retrasar.

Viz. Bueno, hombre, bueno. No des más explicaciones. El caso es que necesitas dinero.

Edu. Sí. Y como no es la primera vez que tú...

Viz. Ya lo sé.

Edu. No he querido molestar a otro.

Viz. Basta, hombre, basta.

Jorge (Al Vizconde) ¡Anda, tira de cartera y págale a Ramírez sus vicios!

Edu. ¡Caramba, un viaje no es un vicio! ¡Qué cosas dice usted!

Jorge Pero, ¿el viaje lo hace usted solo?

Edu. ¡Claro que solo!

Jorge ¡Creí que sería alguna combinación! Le creía a usted en plan de hombre enamorado. La casa adornada con flores. .

Edu. (Mirando las flores.) ¡Oh! Como siempre.

Viz. Bueno. ¿Tú cuánto necesitas?

Edu. Dos mil pesetas.

Viz. No sé si las llevaré encima.

Edu. Bueno. ¿Entonces?

Viz. (Sacando de la cartera dos billetes y dándoselos a Eduardo.) Hay bastante. Aquí están. Que espere Juanita hasta mañana.

Edu. ¡Oye; esa chica te cuesta un sentido!

Viz. Pero lo vale. Si lo dudas pregúntaselo a Jorge.

Jorge Tú gastas bromas porque sabes que te es fiel.

Viz. Al menos lo supongo, y por eso la atiendo, pues me disgustaría pagar por otro. (A Eduardo.) Bueno, adiós. Me voy.

Jorge Yo también.

Edu. (Acompañándolos a la puerta.) ¡Adiós! (Al Vizconde.) Y muchas gracias

(Salen el Vizconde y Jorge. Eduardo apenas se queda solo coge las flores y las va colocando en los búcaros.)

ESCENA IV

EDUARDO y ANTONIO

Ant. (Entrando.) ¡Señorito! Hace un rato que está esperando en el comedor una señora que desea verle. La pasé allí porque como estaban aquí esos señores...

Edu. (Con emoción.) ¿Una señora? ¿Joven?...

Ant. No la he visto casi, porque trae un velo muy espeso, pero parece joven... Tiene un cuerpo precioso.

Edu. ¡A esta hora!... ¿Qué ocurrirá? ¡Anda! Que entre en seguida, y vete. (Sale Antonio.)

ESCENA V

EDUARDO y JUANITA

Jua. (Muy elegante. Al entrar se levanta el velo.) ¡Buenos días, señor Ramírez!

Edu. (Retrocediendo sorprendido.) ¡Cómo!... ¡Juanita! ¿Qué viene usted a hacer aquí?

Jua. ¡Admirable! Si era eso lo que le iba yo a preguntar a usted... ¿No ha visto usted a la Marquesa? ¿No le ha escrito?

Edu. Pero ¿qué Marquesa?
Jua. La Marquesa de Palma. ¿Cuál va a ser?
Edu. ¿La Marquesa de Palma?
Jua. Sí. La Marquesa madre.
Edu. ¿La madre? ¿Pero qué ocurre? ¿Qué tiene que ver esa señora conmigo?
Jua. ¡Calma, calma! Está usted como asustado. Se comprende que no me esperaba usted.
Edu. Es verdad; no la esperaba.
Jua. Y yo, esperaba menos venir. Dudé mucho antes de decidirme Pero. ., vamos por partes. (Sacando una carta del bolso de mano.) ¿Conoce usted la letra de la Marquesa?
Edu. ¿De la Marquesa madre?
Jua. ¡Claro que de la Marquesa madre!
Edu. Yo no.
Jua. Pues yo sí. He confrontado esta carta con dos o tres que me escribió indignada al enterarse de mis relaciones con el Vizconde. Y no cabe duda. Es letra suya.
Edu. ¿Y qué dice?
Jua. Oiga usted. «Querida Juanita: Tengo necesidad de hablarla muy en secreto. Ruego a usted que por nada del mundo deje de estar hoy al mediodía en casa de don Eduardo Ramírez. Me dará usted así una gran prueba de la gratitud que tantas veces ha dicho tenerme. Su afectísima amiga, la Marquesa viuda de Palma.» «Postdata: Por Dios, no falte usted El estudio de Ramírez está en la calle de Zurbano, 38. Póngase un velo muy espeso.» Ahora, ¿me hace usted el favor de decirme qué significa esto?
Edu. ¿Que qué significa esto?... Y yo qué sé. No entiendo una palabra.
Jua. Pues yo tampoco.
Edu. Será una broma.
Jua. ¿Una broma de la Presidenta de la junta de protección a las jóvenes desgraciadas? ¡Vamos, hombre! ..
Edu. Entonces de alguien que ha imitado su letra. ¿Ha estado usted hace poco en el estudio de la Marquesa?
Jua. Yo no. La última vez fué cuando nos encontramos allí. ¿Cómo iba yo a haber vuelto después de lo del Vizconde?

Edu. Pues... no sé. No sé. ¡Que va a venir la Marquesa viuda aquí!. . ¡Y hoy, precisamente hoy! (Llama al timbre.) ¡Todo esto es absurdo! ¿Y la letra es de la Marquesa?

Jua. De eso no cabe la menor duda.

ESCENA VI

DICHOS y ANTONIO

Ant. (Entrando.) ¿Llamaba el señorito?

Edu. ¡Mira, ponte en la antesala; y en cuanto llegue una señora de edad la introduces aquí.

Ant. ¿Y si no es de edad?

Edu. Entonces no la dejas pasar. La preguntas su nombre y me avisas. (Sale Antonio.)

ESCENA VII

EDUARDO y JUANITA

Jua. ¡Ah! ¿De modo que espera usted a una señora que no es de edad?

Edu. (Vacilando.) ¡Sí; digo no; podría ser!.,.

Jua. (Exaltándose por momentos.) ¿A qué hora va a venir? ¡Porque sería muy gracioso que me encontrase aquí! ¿A qué hora va a venir?

Edu. ¡Cálmese usted! Ahora es usted la que está como asustada.

Jua. ¡Pues no he de estarlo! ¡Comprenderá usted que si me encuentra esa señora que usted espera!... Porque esa señora será su amante.

Edu. Yo no tengo amantes, Juanita.

Jua. ¿No tiene usted amantes y espera usted señoras jóvenes? ¡Qué papel, qué papel voy yo a representar!... ¡E inocentemente!

Edu. Pero, por Dios, Juanita... que no es eso.

Jua. Yo me voy, me voy...

ESCENA VIII

DICHOS y ANTONIO; luego LA MARQUESA MADRE

Ant. ¡Señorito! Ahí está la señora.

Jua. ¿La de edad o la otra?

Ant. No se la distingue. Trae un velo muy tupido.

Jua. ¿También ella?

Edu. ¿Dónde está? (Va a salir cuando aparece en la puerta la Marquesa viuda, que llega excitadísima, presa de un verdadero ataque de nervios.) A pesar del velo, me parece, señora...

M. Mad. Sí. Soy yo, pero no puedo tenerme en pie Vengo muy mala. ¡Una silla, un poco de agua!

Edu. (Acercando una silla.) ¡Antonio, trae agua a escape!... (Sale Antonio.)

Jua. (Cogiendo un vaso de encima de una mesa y llenándolo de agua.) ¡Hay aquí! (A la Marquesa.) ¡Tome usted!

M. Mad. ¡Gracias; gracias!

Jua. Ya ve usted que he venido. ¡Cálmese, señora!

Edu. Y usted dirá a qué tengo el honor...

M. Mad. (Indignada.) ¿Usted, usted?... ¿Se atreve usted a dirigirse a mí? Si diera rienda suelta a lo que siento diría..., diría verdaderas enormidades. Usted va a hacerme el favor de no abrir la boca por nada y para nada. ¿Me entiende usted? A mí no me tiene usted que dirigirse .. ¡Cuando pienso!... ¡Qué horror!... ¡Un duelo! ¡Una catástrofe!

Jua. ¿Pero qué sucede?

M. Mad. Usted comprenderá que para que yo haya llegado a esta casa han de haber sucedido cosas muy graves.

Edu. (Tembloroso,) ¿Pero qué cosas son esas?

M. Mad. ¡Cállese usted! No hablo con usted. (A Juanita.) ¡Venga usted aquí, hija mía! Es a usted a quien tengo que hablar. ¡Oh, qué tristeza!...

Jua. ¡Señora!...

M. Mad. ¡Cuándo pienso que viene usted tan elegante, aquí!...

Jua. ¡Por Dios, señora!... Me apena usted.

M. Mad. Muchas gracias, Juanita. ¿La parece que suprima el usted? ¿Me permite que la tutee?...

Jua. ¡Señora, con mucho gusto! ¡Como usted quiera!

M. Mad. Juanita; tú puedes salvarnos a todos. Este señor... (*Señalando a Eduardo.*) óyelo y espántate; este..., señor ha dado una cita a mi hija...

Jua. (*Muy tranquila.*) ¡Ah!... ¿sí?...

M. Mad. ¿No te asombras?

Jua. (*Con fingido asombro.*) ¡Muchísimo!...

Edu. (*Tímidamente.*) ¡Perdón, señora!...; pero yo...

M. Mad. (*Indignada.*) ¡Con usted no hablamos!

Jua. (*En el mismo tono*) ¡Cállese usted! ¡Vaya usted a sentarse a un rincón y estese callado! (*Eduardo obedece*) ¡Siga usted, señora, siga usted!

M. Mad. La ha dado una cita en una carta comprometedora... ¡Una carta que no olvidaré jamás! La tengo aquí, aquí... (*Golpeándose la frente.*) «¡Por Dios, amor mío! Ven a mi casa mañana a las tres. Tú mía, yo tuyo. Será el paraíso.—Eduardo.»

Jua. ¿Y eso se lo escribía a la señora Marquesa?

M. Mad. Sí, a mi hija.

Jua. (*Mirando a Eduardo, burlona.*) ¡Qué atrocidad!... ¡El Paraíso!...

Edu. (*Levántándose.*) Yo me permitiría...

M. Mad. (*Con fuerza.*) ¡No lo niegue usted!... Me sé la carta de memoria.

Jua. Se la sabe de memoria. No lo niegue usted. Ha escrito usted lo del Paraíso.

M. Mad. Ha tenido el cinismo de escribirlo. Es una villanía. Es una infamia.

Edu ¿Pero cómo se ha enterado usted? ¿De dónde ha sacado usted mi carta?

M. Mad. ¿Qué de dónde la he sacado?... ¿Quiere usted saberlo?...

Edu.
Jua. } Sí.

M. Mad. Del bolsillo de mi yerno.

Jua. ¡Aprieta!

Edu. ¡Definitivo! (Cae sentado en un sillón.)

M Mad. Esta mañana, Julia, desesperada, llorando se decidió a comunicarme sus sospechas. Me dijo que ayer en el estudio había perdido una carta muy comprometedora. Me pidió que averiguase si la carta estaba en manos de su esposo. ¡Qué horror; qué horror!... (Queda silenciosa como anonadada.)

Edu. ¿Y qué más?...

M. Mad. ¡Cállese usted!...

Jua. ¡Cállese usted!...

M. Mad. Entré de puntillas, ¡como una ladrona! en el tocador de mi yerno, que dormía aún, registré todos los bolsillos de sus ropas y en el del batín...

Edu. ¡Estaba en el del batín!...

M. Mad. ¡Le he dicho a usted, caballero, que no me hable!

Jua. ¡Cállese usted, hombre; cállese usted! (A la Marquesa.) ¡Continúe usted, señora!

M. Mad. Espera que respire un poco.

Edu. Y yo.

M. Mad. En el bolsillo del batín estaba el documento fatal. ¡La carta de este..., caballero!

Jua. (A Eduardo.) ¡Cállese usted! ..

Edu. Pero sí... yo no hablo... Si no puedo hablar...

M. Mad. Leí la carta... me la aprendí de memoria y huí. ¡Huí espantada, adivinando el plan siniestro, trágico, de mi yerno! Fingía no saber nada, aguardaba, mostrándose indiferente, a fin de no despertar sospechas, la hora de la cita para venir, entrar y... caer sobre los culpables...

Edu. ¡Qué horror!

Jua. (A Eduardo.) ¡Y todo por culpa de usted! ¡De su pérfida resolución!

Edu. (A la Marquesa madre.) ¡Señora... pero... ¿usted la había dicho a su hija que no venga?

Jua. ¡Claro! Así, cuando llegue el Marqués le encontrará a usted solo.

Edu. ¡A mí que me ha de encontrar!...

M. Mad. ¿Y qué?... Siempre le quedaría a mi yerno la duda, la sospecha... ¡Y no habrá paz en el hogar de mi hija!... ¡Y yo viviré en perpetuo sobresalto!

Jua. ¡Pobre señora! ¿Usted?... ¡Tan buena! ¡Una señora a quien los pobres debemos tanto! (A Eduardo.) ¿Pero no le da a usted vergüenza?

M. Mad. ¡Gracias, hija mía! Veo que en esta terrible hora cuento con tu compasión y espero poder contar con tu sacrificio.

Jua. (Alarmada) ¿Sacrificio?...

M. Mad. ¡Qué buena eres! Supongo que habrás adivinado mi plan. Mi yerno, para explicarse lo que ocurre, ha de encontrar aquí una mujer. Una mujer que, naturalmente, no puede ser la suya.

Jua. ¡Ah, vamos!... Usted quiere... ¡Pero usted comprenderá!...

M. Mad. ¡Por Dios, déjame acabar!

Edu. ¡Déjela usted acabar, por Dios!

Jua. Ya la dejo, ya... pero luego empezaré yo.

M. Mad. Mi hija, artista originalísima, ha podido decirte, a pesar de lo ocurrido, que continuases yendo a su estudio para acabar la estatua. Tú has ido. Te has encontrado allí con éste... con este caballero. Te ha visto guapa, elegante, te ha hecho el amor. Tú has correspondido.

Jua. Pero, señora... ¿qué está usted diciendo?

M. Mad. ¡Si es fingido, mujer! Ayer te entregó la carta. Tú, al cambiarte de ropa, la perdiste en el estudio.

Jua. ¡Claro, y, a pesar de haberla perdido, vengo a la cita...

M. Mad. Porque habías leído ya la carta. Mi yerno la encontró abierta ya.

Jua. Bueno. ¿Y quiere usted que el Marqués venga... me encuentre aquí... lance un ¡oh! de asombro y se vaya convencido de que soy la querida de este señor.

M. Mad. ¡Eso, eso!...

Jua. ¡Admirable! Sin embargo, no puedo aceptar la proposición.

M. Mad. ¿No?... ¿Por qué?...

Jua. Por que no tengo marido, pero tengo un amante y no quiero traicionarle...

M. Mad. ¡Si es solo fingido!...

Jua. ¡Caramba, fingido!... Además... Lo haría por salvar a una pecadora; pero... por salvar a

quien no ha pecado. La misma inocencia debe ser la salvación de quien es inocente. Su hija de usted es inocente...

Edu. ¡Oiga usted, Juanita!

M. Mad. ¡Por amor de Dios, cállese usted!

Edu. (Tímidamente.) Si hablo con Juanita. Ya ve usted, Juanita, con una farsa tan sencilla puede salvarnos a todos... ¡Sálvenos usted!...

M. Mad. (A Eduardo.) Usted no merece que lo salven.

Edu. (A Juanita.) ¡Impida usted que el Marqués haga una locura!

M. Mad. Sobre todo, evítame a mí este dolor y esta vergüenza. Mira como estoy.

Edu. Y yo. Crea usted, Juanita, que estoy emocionado.

Jua. Lo creo. Pero... ¡mire usted que es cosa grande proponerme a mí esto! A mí, que no sé decir que no... (Pausa.) ¿A qué hora es la cita?

Edu. (Rápidamente.) A las tres.

M. Mad. ¡Qué cinismo! ¡Decir eso delante de mí!...

Edu. ¿Y qué voy a hacer, señora?

Jua. ¿Conque a las tres?

M. Mad. (A Juanita.) Pero... ¿será posible que tú?... ¿Aceptas?...

Jua. Señora... Yo aceptaría... pero póngase usted en mi lugar...

M. Mad. Sería inútil. Mi yerno no lo creería.

Jua. No es eso, señora. Pero ¿y el Vizconde?... Si se entera el Vizconde de que me he prestatado a esta farsa... Comprenda usted que a los hombres no les hace gracia enterarse de una cosa así...

M. Mad. ¿Pero tú aceptas, Juanita? ¿verdad que aceptas? ¡Gracias, muchas gracias! Bendita seas. Ahora, un ruego. Cuando haya acabado todo es menester que vengas a mi casa. Así, acarás de tranquilizarme.. Y además, mi yerno creerá que sigues sirviendo de modelo para la estatua. (Transición.) ¡Dios mío! Pensar que yo, Presidenta de la Junta de protección a las jóvenes desgraciadas, propongo a ésta semejante monstruosidad... ¡Tengo que dimitir! (Viendo las flores.) ¡Cuántas flores! Ya me lo imagino. El monstruo las destinaba a presenciar...

Jua. (Con solemnidad.) ¡Señora, yo le aseguro que esas flores no tendrán que ruborizarse!...

M. Mad. ¡Así lo espero! (A Eduardo.) También quisiera que llamase usted a su criado para prevenirle yo misma de todo.

Edu. (Tocando el timbre.) En seguida.

Jua. ¡Es menester que ensaye todo el mundo!

M. Mad. Solo así podré irme tranquila.

ESCENA VIII

DICHOS y ANTONIO

Ant. ¿Llama el señor?

M. Mad. (A Eduardo.) Ya puede usted hablar.

Edu. Gracias. (A Antonio.) Oye... Si viene alguien a preguntar por mí..,

M. Mad. (Interrumpiendo.) Que entre inmdiatamente.

Ant. Sí, señora.

Edu. Pero antes me pasas recado.

M. Mad. No. Es mucho mejor que al entrar llegue derecho hasta aquí. ¡Como la puerta de esta habitación estará abierta!... (A Eduardo.) Porque la puerta de esta habitación estará abierta.

Edu. Desde luego, señora. (A Antonio.) ¿Has comprendido? Si viene alguien que entre hasta aquí inmediatamente.

Ant. Está bien. (Suena el timbre.) ¡Llaman! ¿Dejo que entren hasta aquí inmediatamente?

M. Mad. No. Ahora no. ¡Espere usted, por Dios!

Edu. (Mirando el reloj.) No son las dos aún. (A Antonio.) ¡Vé a ver quien es!

Ant. En seguida. (Sale.)

M. Mad. ¡Mucho cuidado!

Edu. (Implorando.) ¡Señora!... ¿me perdona usted?

M. Mad. Dios manda perdonar, pero con una condición. ¡Usted no volverá a insistir cerca de mi hija!

Edu. Conozco mi debér, señora.

Jua. Y yo el mío. Por una vez... me sacrifico... ¡pero dos veces!

M. Mad. (Abrazándola.) ¡Qué buena y qué simpática!

ESCENA IX

DICHOS, ANTONIO, JORGE y DON FERMÍN

Ant. (Entrando.) Es el señorito Jorge...

Edu. ¿Otra vez? ¿Qué querrá?... Bueno. Que entre. (Sale Antonio.)

Jua. Es que yo no quiero que me vea.

Edu. ¡Escóndase usted allí! (Señalando la puerta de la alcoba.) En la alcoba. Pronto... (Sale Juanita.)

Jorge (Entrando con ímpetu.) ¡Querido Eduardo!... (Viendo a Marquesa madre de espalda.) ¡No me había engañado! ¡¡Señora!!

M. Mad. (Volviéndose.) Buenas tardes, Jorge.

Jorge (Maravillado.) ¡Oh, señora! ¡Señora!... ¿usted aquí?...

Edu. Ella aquí. No sé qué le extraña a usted cuando usted está aquí por segunda vez...

Jorge ¡Oh... he vuelto! He vuelto por el amigo Illeras. (Señalando a Illeras que se ha quedado en la puerta.) Me le he encontrado; le he dicho que venía de ver los maravillosos bocetos que usted tiene aquí; ha entrado en ganas de verlos también y me ha suplicado que le trajese... ¿verdad, señor Illeras?...

Fermín ¡Cómo! ¿He sido yo quién le ha dicho que quería venir? No me acuerdo.

M. Mad. Usted no se acuerda de nada, señor Illeras. Tampoco se acuerda usted de que hoy a las dos, precisamente está usted citado con mi hija Julia... para *posar* en el busto ese que quiere usted regalar a la Academia... ¿a qué Academia?

Fermín ¿De la Academia?... De la Academia para la que es el busto no me acuerdo ahora, pero del busto sí... y de que tenía que estar a las dos en el estudio de su hija, también... ¡Si yo me acuerdo de todo! Unicamente de donde son las Academias a que pertenezco es de lo que no me acuerdo... ¡Porque como pertenezco a catorce!... Me acuerdo del número pero no me acuerdo de dónde está colocada cada una. ¡Esto se explica perfectamente!

Edu. ¡Perfectamente!

M. Mad. Bueno. Pues vámonos, que Julia le estará esperando a usted. Me lo llevo en el automóvil. Y a usted también, Jorge. Así dará usted su opinión sobre el busto.

Jorge Bueno. Vamos.

M. Mad. (A Eduardo, aparte al darle la mano.) Estos no vuelven a interrumpir. No los suelto en dos horas.

Edu. ¡Señora!... ¡Señores!...

(Salen la Marquesa, Illeras y Jorge.)

Jorge (Al salir, aparte.) ¿Pero es posible? Es la madre. ¡Nunca lo hubiera creído!

ESCENA X

JUANITA y EDUARDO

Jua. (Sale por la izquierda con un ramo de flores en la mano, mostrándoselo a Eduardo que entra por la derecha después de acompañar a los que se fueron.) ¡No ha economizádo usted las flores! ¡Hasta en la alcoba! ¡Premeditación, alevosía y ensañamiento! (Deshace el ramo y se entretiene en ir colocando flores en los búcaros.)

Edu. Me gusta dormir entre flores.

Jua. ¡Muy poético!

Edu. Regular. Pero, ¿qué hace usted?

Jua. (Enojada.) Pongo las flores a mi gusto.

Edu. (Tranquilo y de buen humor.) Muy bien. Así, cuando el Marqués llegue a sorprendernos, verá que estan colocadas con gusto y con gracia.

Jua. (Tras colocar las flores se sienta.) ¿Qué hora es?

Edu. Las dos.

Jua. ¡Todavía falta una hora! ¡Qué aburrimiento!

Edu. (Riendo.) Gracias por el cumplido.

Jua. Y se ríe... ¡Como si fuera cosa de broma!

Edu. Convendrá usted en que tampoco es cosa seria...

Jua. Una proposición... Me voy y vuelvo luego.

Edu. De ninguna manera. Comprenda usted que el Marqués, con la natural impaciencia, puede adelantarse.

Jua. Si el Marqués es hombre de mundo no ven-

drá hasta las tres y cuarto. ¡Les dejará a ustedes un cuarto de hora para los preliminares! Porque supongo que habrá necesidad de preliminares... ¿O los han suprimido ya ustedes?...

Edu. Yo no puedo ocultarla a usted nada, mi buena amiga...

Jua. Ante todo, nada de buena y nada de amiga. Si le pregunto a usted algo es para entender el papel que debo representar. Interesarme no me interesa nada.

Edu. Pues bien, Juanita. Es la primera vez que Julia debía venir aquí.

Jua. ¿Sí?... ¿Y a otros sitios?...

Edu. Jamás la he citado en otros sitios.

Jua. ¿De modo que la ha citado usted sin más ni más?...

Edu. Eso es. He hecho mal, muy mal; lo sé, pero.. ¿qué quiere usted?... Aquella tarde, aquella tarde en que la encontré a usted en el estudio precisamente, aquella tarde tenía yo necesidad de amar...

Jua. Y se enamoró usted con una pasión terrible de la Marquesa...

Edu. ¡Pasión, lo que se dice pasión, no!

Jua. ¡Y ella, la muy tonta, estará enamorada de verdad! Lo de siempre. Nosotras lo arrostramos todo y ustedes... ustedes, no hay más que verlo; esperan la hora de la cita fumando tranquilamente, después de haber comprado unas pocas y miserables flores.

Edu. ¿Pocas y miserables estas flores? ¡Haga usted el favor de verlas despacio! Además... ¿es que yo no arriesgo nada? Usted no sabe el susto que he pasado.

Jua. Sí, ya lo he visto. Y ya he visto por quién temía usted. ¡Oh, si las mujeres supiéramos antes!... ¡Por supuesto, que ciert s cosas no se aprenden más que con la práctica! (Pausa.) ¿Qué hora es?

Edu. Me lo ha preguntado usted hace un instante. Pero, ¿qué tiene usted, Juanita?

Jua. Tengo... que no me encuentro bien aquí. Eso es lo que tengo.

Edu. Pues no se está tan mal. Además; ya vino usted otras veces aquí como modelo.

Jua. No es lo mismo. Mi presencia hoy aquí, no es precisamente de modelo. Y no es mi situación muy envidiable...

Edu. Pero lo es la mía. ¡Lo que me envidiarían algunos si supiesen que está conmigo a solas, una de las mujeres más bonitas y más deseadas de Madrid!...

Jua. Sí, sí. Porque el Vizconde me viste bien y me pasea en automóvil. Antes, nadie me quería mirar.

Edu. ¿Que no?... Recuerde usted que yo pedí verla toda entera...

Jua. Sí. Para copiarme en un cuadro. ¡Bonita perspectiva!

Edu. (Acercándose insinuante.) Como perspectiva sería estupenda...

Jua. No, no se acerque usted.

Edu. No me acercaré. Esperaré las tres sin moverme de aquí. (Va a sentarse a un rincón.)

Jua. Bueno. (Pausa.) Supongo que cuando llegue el Marqués yo no deberé tener el sombrero puesto... (Se levanta, se lo quita y lo pone sobre una silla.) ¡Ella, con lo original que es, si viniese se lo quitaría en cuanto entrase! (Acercándose a Eduardo.) Por supuesto, que todo esto lo esperaba yo... Aquella tarde que estuve en el estudio de la Marquesa, ¡qué indignado se puso usted cuando entré sin avisar!...

Edu. Y usted qué alegre se puso cuando el Vizconde la habló de su automóvil... La faltó a usted tiempo para aceptar...

Jua. ¡Tiempo hubo antes para que me hicieran mejores proposiciones si alguien hubiera querido!...

Edu. (Acercándose a Juanita.) ¿De modo que antes hubo tiempo?

Jua. ¡Déjeme usted! Le suplico a usted que me deje. Me están dando ganas de llorar, de escaparme... ¡Le digo a usted que estoy en una situación!...

Edu. En la situación que tiene usted que estar. Es necesario que cuando el Marqués llegue y yo abra la puerta... Porque la puerta estará cerrada... (Va y la cierra.)

Jua. ¿Qué dice usted?

Edu. Que es preciso que esté usted muy nerviosa

y muy encendida, con el pelo en desorden, con el traje...

Jua. ¡Hasta ahí podía llegar la comedia!

Edu. Hasta ahí, precisamente. Las comedias han de ser reflejo de las costumbres y la costumbre en estos casos...

Jua. ¡Bueno, bueno! Haremos la farsa lo mejor posible pero sin que pase de ser farsa.

Edu. Si lo malo es que no se trata de una farsa, porque yo quisiera que fuera verdad... Y que no puede ser verdad, porque vendrán a sorprendernos y tiene que ser una farsa. ¡Qué problema! ¡Y dentro de un momento llegará el Marqués y si nos sorprende así, dudará!...

Jua. En fin, Eduardo, yo haré todo lo que haya que hacer, pero no se aproveche usted de las circunstancias... Mire usted, le soy franca. Con otro hombre cualquiera no tendría inconveniente en simular una escena de amor: pero con usted... ¡la verdad!...

Edu. ¡Ah, Juanita! Ya tengo la solución. Vamos a no simular nada. Hagamos que todo sea cierto.

Jua. ¡Eduardo!...

Edu. ¡Piénselo usted, Juanita! Será usted mi salvación; la salvación de Julia; la salvación del Marqués.

Jua. ¡Vamos; seré la salvación del género humano!

Edu. (*En actitud trágica.*) ¡Sí! Nos salvarás a todos.

Jua. ¿Y me tutea usted?...

Edu. Claro que te tuteo. Nos salvarás a todos. Y salvarás a la pobre Marquesa madre... porque si no lo haces, ¿tú sabes lo que haré yo?... Perseguir día y noche a su hija, hasta que se rinda y... el marido se enterará; y tu presidenta la que te protegió, la que merece tu gratitud, verá en su familia la discordia, la ruina, la muerte... Tú puedes evitar todo eso y no quieres evitarlo.

Jua. No es lo mismo decir que hacer...

Edu. Lo mismo o mejor. Se te presenta la ocasión de probar tu gratitud. Ya, ya comprendo que el sacrificio es grande; sé que te soy despreciable, antipático, aborrecible...

Jua. No, no.
Edu. (Insinuante.) ¿Lo dices de veras?
Jua. (Emocionada.) ¡Como si tú no lo supieses!... (Transición.) ¡No, no! El pobre Vizconde... ¿qué culpa tiene de esto?
Edu. ¡No pienses en el Vizconde!
Jua. Ha tenido para mí atenciones...
Edu. ¿Y qué es eso junto al amor que yo tengo para ti?
Jua. ¿Amor? Lo dices por embriagarme, por alucinarme, por seducirme, porque sabes que te quiero...
Edu. Lo digo porque es verdad; lo digo porque te adoro. (La abraza.)
Jua. (Ocultando la cabeza en el pecho de Eduardo y riéndose.) ¡Con esto no contaba la Presidenta de la Junta de protección a las jóvenes!

ESCENA XI

DICHOS, ANTONIO, el MARQUÉS y el VIZCONDE

Ant. (Desde dentro, aporreando la puerta.) ¡Señorito, señorito!...
Jua. (Desasiéndose de Eduardo.) ¡Dios mío!...
Edu. ¡Que no estoy!...
Marq. (Desde dentro también, golpeando la puerta.) ¡Abra usted o echo la puerta abajo!...
Edu. ¡Atiza! El Marqués... Ya lo había olvidado. (Se dirige a la puerta para abrir.)
Jua. No, no. Mira cómo estoy...
Edu. Mejor... ¡Si es lo que hace falta! ¡Ya lo habías olvidado tú también!... (Se dirige de nuevo a la puerta.)
Viz. (Desde dentro.) ¡Abre, Eduardo, abre!...
Edu. ¡Esa voz!... Es Salar...
Jua. ¡Jesús! ¡El Vizconde!... ¡Esto nos faltaba!
Marq. (Desde dentro.) ¡Abra usted!
Viz. ¡Abre, Eduardo!...
Edu. Es él.
Jua. ¡Dios mío! ¿Dónde me meto?...
Edu. Allí... (Señalándola la alcoba.)
(Juanita corre a ocultarse en la alcoba y Eduardo va a abrir la puerta, por la que entran juntos el Marqués y el Vizconde: este sujetando al primero.)

Marq. ¡Caballero!...

Viz. ¡Déjame a mí!... Te he acompañado para evitar que hagas una locura. Cerciorémonos primero. ¡Y... calma... calma y... calma!

Marq. Déjame, Salar.

Edu. ¡Déjale! (Al Marqués.) ¿Por qué viene usted aquí? ¿Qué tiene usted que hacer aquí? ¿Qué se le ha perdido a usted aquí?

Marq. ¡Yo!... (Trata de lanzarse sobre Eduardo.)

Viz. (Conteniéndole.) Tú quieto. Soy yo el que tengo que hablar.

Edu. ¡Ah!... ¿Eres tú?... Espera un momento. (Va al secreter y saca dos billetes de mil pesetas que le entrega con mucha dignidad al Vizconde.) ¡Ahí tienes tus dos mil pesetas! No puedo aceptarlas...

Viz. ¿No te hacen falta ya?

Edu. No creo que sea eso lo que te interese ahora.

Viz. Si ya te he dicho que no me hacían falta: que Juanita esperaría...

Edu. ¡Que Juanita esperaría!... Pero entonces, ¿a qué has venido?

Marq. Yo se lo diré a usted, caballero.

Viz. Tú no dirás nada. Te he acompañado con la condición de que había de mediar yo; de que tú no harías nada, al menos aquí. Seamos correctos. Siéntate ahí y espera que hable con Eduardo.

Marq. Pero, ¿podré contenerme?

Viz. Podrás porque sabes lo que debes a tu clase y a tu nombre. (A Eduardo.) ¡Oyeme! (Llevándoselo aparte.) Lo sé todo. Absolutamente todo, pero creo como tú que debe evitarse que se entere el Marqués. Por ello estoy dispuesto a sacrificarme... Pero ya te digo que lo sé todo.

Edu. ¿Todo? ¿Es que has hablado con la Marquesa madre? ¡Toma las dos mil pesetas. Y además te juro que es inocente... pero estoy a tu disposición.

Viz. ¿Que es inocente Julia?... ¿Pero me vas a negar que está aquí?... ¡Si he sentido el rumor de los besos!... ¡Y qué besos!

Edu. ¡Toma las dos mil pesetas! Y Julia no está aquí, ya lo sabes.

Viz. No te entiendo. Pero me guardo el dinero y

le diré al marido que no está aquí Julia... ¡A ver si él se convence!... ¿Es eso lo que quieres?

Edu. Sí.

Viz. Bueno. Pero no me va a hacer caso. ¡Ah! Oye... Toma las dos mil pesetas que te ha visto dármelas y creerá que tratas de sobornarme.

Edu. Que crea lo que quiera. Guárdate ese dinero.

Viz. Como gustes. (Al Marqués.) Pues sí, Pablo, ¡lo que te dije cuando me comunicaste tus sospechas! Se trata de un error. He confirmado que se trata de un error.

Marq. (Levantándose, tembloroso de rabia.) ¡Muy bien! ¿Pero se me permitirá a mí también hacer esa confirmación?

Viz. No le comprendo a usted.

Marq. Pues es muy sencillo. Aquí hay una mujer y yo quiero saber qué mujer es esa.

Edu. ¿Y con qué derecho?

Marq. Con el derecho del que ha encontrado en la habitación de su esposa una carta firmada por usted dándola una cita.

Viz. (Viendo el sombrero de Juanita sobre una silla.) ¡Cristo!... ¡El sombrero de Julia! (Lo coge y sin mirarlo, lo tira debajo del sofá y aprovecha el movimiento para avanzar hacia el Marqués.) ¡Permíteme!... Ya te he dicho que esa carta no significa nada. Puede ser una invitación a Julia para que venga a hacerse un retrato.

Marq. (Irónico.) Y concebida en estos términos: (Sacando la carta.) «Por Dios, amor mío... Será el paraíso »

Viz. Los términos son lo de menos. También te lo he dicho. Los artistas se expresan de una manera muy original.

Marq. (Iracundo.) ¡Basta de farsas! Aquí hay una mujer y quiero ver si es la mía.

Edu. ¡Caballero! Me oirá usted un momento... a solas. (Al Vizconde.) ¡Déjanos, Salar!...

Viz. ¡Qué he de dejar! (Al Marqués.) Tú dudas de la palabra de Eduardo. Perfectamente...

Edu. ¿Cómo perfectamente?

Viz. Perfectamente. Déjame acabar, (Al Marqués.)

Pero no dudarás de la mía. Allí está la alcoba. Yo entro y te doy mi palabra de decirte quién está ahí.

Edu. De ningún modo.

Viz. Pero, hombre... si es que voy...

Marq. ¿Lo ves? Se niega a que entres tú.

Viz. (A Eduardo.) ¡Déjame, hombre!

Edu. ¡Nunca!

Viz. (Aparte a Eduardo, rápidamente.) ¿Pero no comprendes mi estratagema, imbécil?

Marq. Entraré yo.

Edu. ¡Entre usted!... Y a su caballerosidad me confío. (El Marqués entra en la alcoba.)

Viz. (Dejándose caer en un sillón.) ¡Dios mío! ¡Ahora hay una tragedia! Voy a entrar.

Edu. No.

Viz. ¡Pero si lo sé todo!... ¡Si he escondido el sombrero de Julia!

Edu. ¡El de Julia!...

Marq. (Que sale de la alcoba riendo y al ver el aire preocupado del Vizconde reprime su alegría.) ¡En la alcoba no había nadie!

Víz. (A Eduardo, aparte.) ¡Se habrá escondido debajo de la cama! ¡Menos mal!

Marq. (Estrechando la mano a Eduardo.) ¡Señor Ramírez!... Ruego a usted me perdone una sospecha tan cruel e injusta.

Edu. ¡Yo espero que de todo esto no sabrá nadie nada jamás!

Marq. Nadie. Sé mi deber.

Viz. (Al Marqués.) ¡Estás viendo! ¿Cuándo te corregirás de ese carácter impresionable?

Marq. Tienes razón; tienes razón. ¡Anda! ¿Te vienes conmigo, verdad?

Viz. ¡Claro!... Te he acompañado en el dolor y te acompaño en la alegría. Porque te vas contento.

Marq. Muy contento.

Viz. (Riendo.) ¿Pues y yo?...

Marq. (A Eduardo.) ¡Querido Ramírez, déjese usted ver por casa! Ya sabe usted que allí se le recibe con mucho gusto.

Edu. No tanto como con el que voy yo.

Marq. ¡Adiós! (Sale el Marqués.)

Viz. (A Eduardo, deteniéndose en la puerta.) ¡Qué tragaderas!... Casi, casi, merece lo que le pasa.

ESCENA XII

DICHOS y JUANITA

Juanita se asoma a la puerta de la alcoba

Edu. ¡No, no!...
Viz. (Volviendo la cabeza discretamente.) ¡Divertirse!... (Sale.)
Jua. (Saliendo de la alcoba con resignación cómica.) ¡Estaba escrito!
Edu. Sí, estaba escrito: «Por Dios, amor mío.»
Jua. (Interrumpiéndole, ruborosa.) «Será el paraíso.» (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

MARQUESA MADRE y JOSEFINA

M. Mad. (Paseándose muy agitada.) ¿Ha estado usted en las habitaciones del señor?

Jos. Sí, señora Marquesa. Ahora vengo de allí.

M. Mad. ¿Y no está?

Jos. El señor Marqués no ha vuelto aún, señora Marquesa.

M. Mad. ¿Está usted segura?

Jos. Sí, señora Marquesa; me lo ha dicho el ayuda de cámara.

M. Mad. ¡Dios mío! ¡Y son las cuatro y media!

Jos. Las cinco menos cuarto, señora Marquesa.

M. Mad. ¡Jesús, Jesús!... ¿Oiga... vaya usted a la cancela del jardín!... Se espera usted allí... y en cuanto entre el señor viene corriendo a avisarme. ¿Ha comprendido usted?

Jos. Sí, señora marquesa. (Se dispone a salir.)

M. Mad. ¡Ah!... Que entre en cuanto llegue esa señora... esa señorita que viene aquí... como modelo.

Jos. ¿La Juanita?

M. Mad. Bueno. La Juanita. Como usted quiera. Que pase aquí inmediatamente.

Jos. ¡Pero si la Juanita no es ya modelo! ¿No

sabe la señora? .. ¡Pues poco elegante que va y menudo automóvil que lleva desde que se ha metido a *cocotte!*

M. Mad. ¡Josefina!... ¿Qué modo de hablar es ese?

Jos. Perdone la señora Marquesa... Pero todo el mundo sabe que a Juanita la costea el señor Vizconde.

M. Mad. ¡Que la costea!... La prohibo a usted emplear esos términos. Debe usted comprender... que cuando la señorita Julia y yo la recibimos aquí es porque se trata de una persona decente. Doña Juana, no la Juanita, como usted dice, es la prometida del señor Vizconde.

Jos. Perdone la señora Marquesa... Yo no sabía eso. Y como dicen que el señor Vizconde la sostiene...

M. Mad. Es su prometida, su prometida y... basta. ¡Vaya usted a lo que la he dicho! ¡Pues no faltaba más!...

Jos. ¡Cuando lo dice la señora Marquesa!... (Vase muy compugida.)

ESCENA II

MARQUESA MADRE y MARQUESA, que sale del estudio

Marq.ª (Con ansiedad.) ¡Mamá!... ¿Hay algo?

M. Mad. Nada. Y estoy preocupadísima. ¡Pablo no ha vuelto aún! ¡Tampoco viene esa pobre Juanita que me había prometido venir a enterarnos de lo que sucediera! ¿Qué habrá pasado? ¡Ir yo a aquella casa otra vez no es posible! ¡Esperar más, resulta un suplicio! Ay, hija mía, hija mía; no creí yo que por ti había de verme en estos trances.

Marq ª Mamá, por Dios... Ya me lo has dicho muchas veces...

M. Mad. ¡Nunca serán bastantes; nunca! Parece mentira que seas tú todavía... si hubieras tenido algún mal ejemplo, pero creo que yo...

Marq.ª ¡Por Dios, mamá!... Fué una ligereza. No más que eso. No pasó de un coqueteo que Ramírez interpretó mal. Yo comprendo que hice mal en coquetear, pero la vida con un

hombre de edad tan desproporcionada, de gustos tan dispares como mi marido, que se preocupa tanto de la política y tan poco de mí...

M. Mad. Para haberlo sabido antes. Yo creí que tratándose de un hombre bueno, lleno de actividad y de energía con todos...

Marq.ª Con todos menos conmigo.

M. Mad. (Severa.) No hay excusa ni razón para que justifique tu conciencia. Has cometido un crimen (Con desfallecimiento.) Y yo, que tanto me he preocupado de llevar a las jóvenes por el camino recto, encontrarme con que mi hija, mi propia hija...

Marq.ª ¡Mamá, por Dios! No me hables de ese modo. ¡Bien sabes que no ha sido más que una ligereza!

M. Mad. (Alzando las manos al cielo.) ¡Dios mío, y lo llama ligereza!... Jesús, Jesús. (Pausa, transición.) Oye, ¿Don Fermín sigue en el estudio?

Marq.ª ¡Anda! pues se me había olvidado. ¡Y le he dejado en postura, cargado con la toga, las condecoraciones, la muceta .. Desde las dos está el pobre en semejante situación.

M. Mad. ¡Le va a dar un ataque de cabeza! Y eso es una infamia. ¡Servirse de un hombre así para probar la coartada!

Marq.ª En eso, después de todo, no hay nada malo. Por su gusto le estoy haciendo la escultura. Y es el modo de que Pablo no sospeche. Don Fermín atestiguará que desde las dos he estado en el estudio, sin moverme, trabajando.

M. Mad. ¿Habrás adelantado mucho en la obra?

Marq.ª Absolutamente nada. Figúrate con los nervios que tengo qué voy a hacer.

ESCENA III

DICHAS y DON FERMÍN

Fermín (Que entra vestido de magistrado y cubierto de cruces y bandas. Llega rojo de sofocación y limpiándose el sudor.) ¡Perdón, pero!...

Marq.ª Soy con usted en seguida, señor Illeras.

Fermín ¡Como tardaba usted... me he atrevido a suspender la *pose!* ¡No podía más!...

Marq.ª Ha hecho usted mal, porque ahora será difícil volver a colocarle en la misma postura.

Fermín Ciertamente. Pero la actitud así... (Marcando las palabras con la acción.) erguido sobre la punta de los pies, el brazo tenso, la cabeza echada atrás, el ceño fruncido... No hay modo de resistirla más que un rato. Y luego la toga, la muceta, las cruces y el calor. Ya lo dije: no podía más, me ahogaba.

M. Mad. Pero creo yo que tratándose de un busto podía estarse usted sentado, con el cuerpo en descanso...

Fermín ¡No lo crea usted, señora! En el busto ha de entrar el gesto de la fisonomía; el gesto de la fisonomía tiene que expresar la situación del alma, y esta situación se liga íntimamente con la postura del cuerpo. Yo he leído en un tratado de escultura que cuando Miguel Angel... Me parece que no era Miguel Angel... ¿quién era? ¿quién era?...

M. Mad. Lo mismo da.

Marq.ª Tiene usted razón. El caso es que la contracción de las facciones corresponde a la de todos los músculos del cuerpo.

Fermín Eso era lo que yo iba a decir Pero antes quería acordarme de dónde procedía tal investigación. (Pausa.) ¡Bueno! ¿De modo que por hoy ya hemos terminado? He de irme.

Marq.ª No, no hemos terminado todavía. Y de todos modos creo que querrá usted esperarse para saludar a Pablo que vendrá en seguida.

M. Mad. Y así le contará usted cuanto ha durado hoy la sesión y el tiempo que ha estado en esa actitud.

Fermín Creo que ha sido la sesión más larga de toda mi carrera. Nunca he estado tanto tiempo en situación .. ¡Y eso que cuando informé en la la vista del!... ¿En qué vista fué?

M. Mad. Es igual.

Marq.ª En una vista. ¿Qué más da una vista que otra?

Fermín Bueno. Pues en una vista estuve así... (Al de-

cir así vuelve a ponerse en situación de informar.) cerca de dos horas. En fin, (Señalando sus espléndidos arreos.) me voy a quitar esto...

M. Mad. (A Marquesa.) ¡No le dejes que se lo quite, que se quiere marchar, y mientras esté así vestido no podrá irse! Afortunadamente no estamos en carnaval.

Marq.ª Espere, don Fermín, espere un momento. Al decir usted cómo informaba en la vista esa...

Fermín Que no puedo recordar cual fué...

Marq.ª La que fuese No se trata de eso.. Se trata de que ha tomado usted una actitud que quisiera copiarla.

Fermín ¿Y vamos a volver al estudio con el calor que hace?

Marq.ª No. Aquí mismo. Haré un apunte en el album... ¡Póngase usted como estaba.

Fermín ¡Ah! Aquí muy bien. (Poniéndose en situación.) ¿Es así?

M. Mad. (Aparte a la Marquesa.) ¡Me da pena tenerle sometido a este tormento! Con el calor que hace... Voy a refrescarle un poco. (Mientras Julia dibuja coloca un ventilador detrás de don Fermín, el cual se agita al sentir la corriente.)

Marq.ª ¡No se mueva usted, por Dios!...

Fermín Pero... si no me muevo. Si me mueve el aire. Debe estar abierta alguna ventana y se debe haber desatado un ciclón. ¡Ya decía yo que este calor traería tempestad!

M. Mad. No. Si es el ventilador. Lo quitaré.

Marq.ª (A don Fermín.) Así. Tienda el brazo con más energía. Vuelva un poco la cabeza. No tan serio. Tampoco tan sonriente... ¡El brazo, el brazo!... No se mueva usted ya.

ESCENA IV

DICHOS y JOSEFINA

Jos. (Entrando casi sin respiración.) ¡Señora Marquesa!

M. Mad. ¡Ah!... (Corre hacia Josefina.)

Marq.ª (Levantándose, tira el album y va hacia Josefina también.) ¡Pronto, pronto, di!...

Jos. ¡En este momento!...

M. Mad. ¿Qué?...

Jos. En este momento llega el señor Marqués.

M. Mad. ¿Y qué cara trae?...

Marq.ª Eso... ¿Qué cara trae?...

Jos. Pues una cara...

Marq.ª ¿De disgusto?

M. Mad. ¿De tristeza?...

Jos. Viene muy contento. Entraba riéndose con el señor Vizconde.

M. Mad. ¿Con qué Vizconde?...

Marq.ª ¿Con el señor Vizconde de Salar?

Jos. ¡Claro!... Venían juntos en el automóvil.

Fermín Perdone, Julia... ¡Se me duerme el brazo! ¿Puedo moverme?...

Marq.ª Sí, muévase usted. Y perdone que le haya olvidado. ¡Sabe usted, con la alegría de saber que llega mi marido!

Fermín ¿Llega de muy lejos?...

Marq.ª No, de muy lejos, no.

Fermín Ya decía yo que no recordaba que se hubiese ido de viaje. ¡Pero como tengo esta memoria!...

M. Mad. (A la Marquesa.) ¡Ya has oído que viene con el Vizconde! ¿Qué quiere decir eso?...

Jos. (Mirando por los cristales.) ¡Ya atraviesan el jardín!

Marq.ª Pues vete y diles que aquí les esperamos. (Sale Josefina.)

Fermín ¡Ya no trabajaremos hoy más! Si usted me lo permite me voy a quitar esto.

Marq.ª Sí, sí. Hoy hemos trabajado bastante.

Fermín ¿Bastante?... ¡Caramba, demasiado! (Entra en el gabinetito, cuya puerta tapa el biombo, a cambiarse de ropa.)

ESCENA V

MARQUESA, MARQUESA MADRE, MARQUÉS y VIZCONDE

Viz. (Entrando.) Buenas tardes.

Marqués (Entrando también, con aspecto muy contento.) ¡Hola, mamá; hola, Julia!

M. Mad. (Mirándoles insistentemente y con recelo, dice al Marqués.) ¡Ya hace rato que salistes!

Marq.ª ¡Como que yo estaba intranquila!

Marqués Bueno, pues aquí está la justificación de mi tardanza. ¡Toma, para ti! (Entrega a su mujer un estuche.)

Marq.ª ¿Para mí esta sortija tan bonita?

Marq.ª Sí. Te la mereces.

M. Mad. (Sin poder contenerse.) No, no.

Viz. ¿Cómo que no?...

M. Mad. ¡Hombre!... Me parecen demasiados regalos. Es mucho gastar en alhajas.

Viz. (Mirando a Julia.) ¡Y no es solo el dinero que se gasta, sino el tiempo! Para comprar esa sortija hemos recorrido medio Madrid.

Marqués Sí. Salar me ha acompañado en toda mi peregrinación.

M. Mad. ¿De modo que han estado ustedes juntos mucho tiempo?

Viz. Toda la tarde. Desde las tres hasta ahora.

M. Mad. (Aparte, consternada) ¡Desde las tres!...

Marqués Quería a todo trance dar una sorpresa a mi mujercita y le pedí al Vizconde que me acompañara. Para escoger la sortija... ¡claro está! Porque a veces se toman por buenas joyas que son falsas.

M. Mad. (Aparte.) ¡Dios mío! Joyas falsas... ¡Lo dice con intención!...

Marqués (A Julia.) Pero en fin... perdóname..

Marq ª ¿Por qué?

Marqués Por... por la pobreza del regalo... ¡Esó es!...

Viz. El regalo es valioso... pero de todos modos, tratándose de una esposa tan amante como Julia...

Marq ª ¡Oh!.. muchas gracias. Muchas gracias.

M. Mad. (Aparte.) ¡Dios mío, Dios mío! De un momento a otro va a estallar la bomba. ¡Yo me muero! (Mira con angustia, alternativamente, al Vizconde y al Marqués.)

ESCENA VI

DICHOS y DON FERMIN

Fermín (Entra en el estudio despojado ya de su toga y demás arreos.) ¡Querido Marqués! ¡Amigo Vizconde!

Marqués (Yendo a su encuentro.) ¡Insigne magistrado!... ¿Cómo usted por aquí?

Fermín En calidad de modelo. Hoy he *posado* por última vez para el busto que me hace la Marquesa.

Viz. (Mirándole con incredulidad.) ¿Que ha estado usted *posando* aquí, en el estudio?...

Fermín ¡Claro que aquí! ¡Y una temporada! No puedo con mi cuerpo. ¡Cerca de tres horas así... (Marca la postura.) ¡Imagine usted!... ¡Comenzamos a las dos!...

Viz. (Aparte) ¡Aprieta! Con qué tranquilidad miente la magistratura.

Marqués (Conmovido a la Marquesa.) ¿Desde las dos está aquí contigo? Y yo que... (Abrazándola.) ¡Nunca, nunca me lo perdonaré!...

M Mad. ¿El qué? ¿El qué no te perdonarás?

Marqués El haber estado tanto tiempo fuera de mi casa hoy. (A Julia) ¡Y otros días!.. Pero yo te prometo que de hoy en adelante me preocuparé más de ti.. Saldré de casa lo menos posible... Me ocupare de tus asuntos. De las obras que quieras esculpir. Y escogeremos juntos los modelos!... ¡Principalmente los modelos! ¡Procuraremos que todos sean como el señor Illeras!

Fermin ¡Muchas gracias!

Viz. Pero cuando quiera Julia copiar una figura femenina, una ninfa, una diosa, creo que el señor Illeras no servirá... y aunque sirva... que no se prestará.

Marqués (Aparte a la Marquesa madre y a Julia.) ¡Nada de figuras femeninas! ¡Se acabaron las modelos, ¡eh!... Tengo mis razones. Ya lo sabréis a su tiempo. (Hablan en voz baja los tres.)

Viz. (Acercándose a don Fermín y con aire bromista.) ¡Bravo, hombre íntegro.. bravo! ¿De modo que ha estado usted desde las dos con la Marquesa y trabajando en el busto?... ¡Graciosísimo!... ¡Bien que se lo diga usted al marido, pero que lo diga usted delante de mí! ¡Creerá usted que yo voy a tragarme esa bola!...

Fermín ¿Cómo?... ¿Pero qué supone usted? ¡A mi edad!... Y además, que yo soy un hombre muy serio.

Viz. ¡Quite usted, por Dios!... ¡Qué voy a suponer! No supongo nada: creo; estoy convencido;

tengo la evidencia de que es usted un caballero tan amable con las señoras, que llega usted a sacrificarlas hasta la verdad, hasta la santa verdad. ¡Eso está bien! (Estrechándole la mano.) Le felicito a usted.

Fermín No entiendo una palabra.

Viz. Finja usted todo lo que quiera, pero conmigo es inútil, porque estoy en el secreto. (A la Marquesa y Marquesa madre.) ¡Señoras!... Habiendo cumplido ya con todos mis deberes, me retiro si ustedes no mandan otra cosa...

M. Mad. (Con resolución.) No, no; de ningún modo ¡Quédese!...

Viz. (Aparte a don Fermín.) ¿Está usted viendo cómo la madre quiere hablarme?... ¡Ella también lo sabe!...

Fermín ¿Pero qué es lo que sabe?...

Viz. Lo que usted... ¡Usted a mí no me la da!

Fermín (Con gesto de resignación.) ¡Bueno!

Marqués (Al Vizconde.) Si te quedas, espérame. Vuelvo en seguida. Aprovechando encontrármelo aquí, me llevo a don Fermín y le hablo del pleito. ¡Don Fermín!... ¿Quiere usted venir a que veamos esos papeles? Los tengo ahí, en el despacho.

Fermín A sus órdenes.

Viz. Bien. Pues entonces mientras ustedes conferencian, yo me quedo aquí, acompañando a las señoras. (A don Fermín.) ¡Y a ver si defiende usted bien ese pleito, señor Illeras!

Fermín ¡Pero si yo no soy defensor de ese pleito!

Viz. Me refiero al otro... Al pleito en que es usted defensor... y cómplice.

Fermín ¡Pero Salar!... ¡Usted se ha empeñado!...

Viz. ¡A mí qué va usted a contarme!

Fermín (Aparte.) ¡Pobre muchacho! Decididamente está loco. No hay que llevarle la contraria. (Alto.) Pues, sí, sí... Lo que usted quiera. ¡No faltaba más!...

Viz. Así me gusta. Yo soy de confianza...

Fermín ¡Caramba, pues me alegro! (Ap rte.) ¡Est rematado!

Marqués ¿Vamos, don Fermín...?

Fermín Vamos. (Aparte mientras sale con el Marqués.) Ahí se quedan con el loco. ¡Milagro será que no las dé un susto.

ESCENA VII

MARQUESA, MARQUESA MADRE y VIZCONDE

M. Mad. (Disimulando su emoción.) ¡Perdone usted, Salar... pero no sé qué he notado en su actitud cuando entraba y creo haber observado un cierto retintín en sus palabras. Hablemos como amigos. Contésteme usted a esta pregunta: ¿dónde ha ido usted con Pablo a las tres?...

Marq.ª Eso es... ¿dónde?

Víz. (Mirando a la Marquesa madre.) ¿Que dónde?... (Volviéndose a la Marquesa.) ¿Que dónde?... (Volviéndose a la Marquesa madre.) Yo no sé si estará usted enterada, ni si yo debo hablar...

M. Mad. Estoy enterada de todo.

Viz. ¿De todo?

M. Mad. (Con abatimiento.) Sí.

Viz. Me lo imaginaba.

M. Mad. A las tres fué usted a... (Queda pendiente de los labios del Vizconde.)

Viz. A las tres fuí con Pablo al estudio de Ramírez.

M. Mad. (Gritando.) ¿Usted?... ¿De veras?... ¿Pero fué usted con él?...

Viz. Naturalmente... Yo. Yo fuí con Pablo. Y Julia puede atestiguarlo.

Marq.ª (Conteniendo la risa.) ¡Que lo puedo atestiguar yo! ¿Y cómo?

Viz. (Espantado por la respuesta de Julia.) ¡Dios mío!... ¿Me habré excedido al decir... (A la Marquesa madre.) ¿Es que usted no sabía que Julia estaba allí?

M. Mad. Por lo que más quiera, Salar, no me interrogue. Lo que necesito son respuestas. ¡Cuénteme usted la verdad, toda la verdad!

Viz. Sí... Si en eso estoy, pero... (Mira a Julia.)

Marq.ª Dígalo usted todo sin ocultar el menor detalle. Soy yo quien se lo pide... quien se lo exige.

Viz. Bueno. Conste que me lo exige usted. Allá va. Esta mañana fué Pablo a buscarme y me confió que su mujer estaba citada con

Ramírez que él y quería sorprenderlos. Yo me quedé frío. Le dige que eso no era posible. Entonces, Pablo, me enseñó una carta. (Se detiene titubeando. Pausa. Luego pregunta a la Marquesa madre.) ¿Sabe usted lo de la carta...?

M. Mad. Sí.

Viz. Entonces comprenderá usted que al leer la carta me quedé helado. ¡Adiviné el peligro horrible! Traté de disuadir a Pablo, pero todo fué inútil. ¿Qué hacer? Para ver si podía atenuar los males me brindé a acompañarle. El se negaba. Había ido únicamente para advertirme del terrible suceso que se avecinaba, a fin de que yo, como fiel amigo, tras del terremoto custodiase las ruinas de su hogar. ¡Estas son palabras de Pablo, que, como saben ustedes, se expresa muy bien!... Yo insistí en acompañarle y aceptó por suerte.

Marq.ª ¿Por suerte... para usted?

Viz. ¡Julia!... No se burle, que todavía siento el escalofrío de la tragedia! Aceptó que le acompañase por suerte para todos, pues en el primer momento hubiese cometido Pablo algún acto irreparable. Juntos nos encaminamos a casa de Ramírez en un coche de punto que yo tuve la precaución de tomar para que no se enterasen de nuestra visita ni mi *chauffeur* ni el cochero de Pablo. Llegamos. Subimos. Llamamos... Nos abren.

M. Mad. ¡Por Dios, no detalle usted tanto!

Viz. ¡Como dijo usted que quería que se lo contase todo!... Abreviando, en fin... Apenas nos abrieron, Pablo, atropella al criado de Eduardo, atravesamos el pasillo como centellas y llegamos a la puerta del estudio que estaba cerrada.

M. Maq. ¿Cerrada? ¿Dice usted que estaba cerrada la puerta del estudio?

Marq.ª (Irónica siempre.) ¿Pero está usted seguro de que no estaba abierta?...

Viz. (Titubeando.) ¡Seguro... no!... Si usted ha dicho a su madre que estaba abierta, rectifico: Estaba abiertísima.

M. Mad. ¡Salar, ha prometido usted decir la verdad toda! No estaba abierta la puerta del estudio.

Viz. No estaba abierta.

M. Mad. Siga usted.

Viz. Entonces, llamamos una vez, y otra, y otra.

Marq.ª ¿Pero han llamado ustedes tantas veces?

Viz. Usted no lo oiría porque estaría distraída; pero crea que hemos llamado muchas veces.

M. Mad. (Mirando a la Marquesa.) ¡Dios mío!

Marq.ª (Mirando a la Marquesa madre.) ¡Entonces!...

Viz. Viendo que no abrían, escuchamos a través de la puerta y oímos... De esto no hablemos.

Marq.ª Sí, sí, hablemos. Dígalo usted todo.

Viz. (Escandalizado.) ¡Pero, Julia, que está su madre delante!...

M. Mad. Puede usted contarlo todo, que no tiene nada de particular. Todo lo que allí se hacía era una farsa.

Viz. ¿Una farsa?... (Mirando a Julia.) ¡Ah! ¿es que usted ha dicho?... (Con tono desenvuelto.) ¡Muy bien!... Pues sí, como todo lo que se hacía allí era una farsa, oímos que fingían tales cosas, que Pablo, no sabiendo que asistía a una comedia, comenzó a dar voces y porrazos en la puerta.

M. Mad. (Con seriedad.) ¡Comprenda usted, Salar, que si se fingía entonces, no se debe fingir ahora.

Marq.ª Ni lanzar reticencias. Diga usted, clara, seria y verídicamente todo lo que ha visto o sentido en casa de Ramírez.

Viz. ¡Pero Julia!... Mi situación es dificilísima.

Marq.ª Mejor.

Viz. ¡Ah, bueno!

M. Mad. ¡Pero al fin, les abrieron a ustedes; entraron!... ¿Y quién había allí cuando entraron?

Viz. Cuando entramos estaba solo Eduardo. (A la Marquesa) ¿Verdad?...

Marq.ª Verdad sería. Pero aunque estaba sólo estaría encendido, acalorado, convulso...

Viz. Puesto que usted lo dice yo no puedo decir lo contrario. Estaba, al menos, muy excitado.

M. Mad. Pero... ¿y ella?...

Viz. ¿Qué *ella?*

Marq.ª Yo. ¿Verdad?... Dígalo todo: dígalo usted. Yo me había escondido en la habitación de al lado. ¡Y también... excitada, trastornada!... Dígalo usted.

Viz. Puesto que usted lo dice... y a juzgar porque se dejó el sombrero caído sobre una butaca, usted se refugió en la alcoba en un estado...

Marq.ª En muy mal estado, ¿no es eso?

(El Vizconde asiente con el gesto. La Marquesa madre, hundida en una butaca, adoptará una actitud de verdadera pesadumbre. Julia, muy nerviosa, pasea de un lado para otro)

Viz. Mire usted, Julia, que esto es una verdadera tortura para su madre...

Marq.ª Siga usted. Entonces, Pablo...

Viz. (Mirando a la Marquesa madre.) ¿Sigo?...

M. Mad. (Con voz desfallecida.) Siga usted. ¿Qué hizo Pablo?...

Viz. Pablo se empeñó en entrar en la alcoba. Hubo la consiguiente discusión. Eduardo no quería; yo no quería tampoco; pero lo arrolló todo y entró... (A la Marquesa.) Ahora, lo que sigue dígalo usted. Yo ya no sé más.

Marq.ª El resto puede usted imaginárselo.

Viz. Pues... no me lo imagino. Sin duda, se escondió usted tambien, que, Pablo, aunque la buscó con detenimiento, pues tardó en buscarla, no la halló. El caso fué que salió de la alcoba, tan contento, tan feliz como...

Marq.ª ¿Como quién?

Viz. Como yo mismo. Como pudiera estarlo yo.

M. Mad. ¡Dios me perdone!...

Viz. ¿Es que no me cree usted feliz?...

M. Mad. Yo no creo nada.

Viz. Pues sí. Tengo motivos para ser feliz. Y, hoy, motivos dobles. Me complace que todo lo de esta tarde haya terminado como terminó. ¡Divinamente!... Esto, en parte, se debe a mí.. A mí, que, con objeto de que la dama tuviese tiempo de arreglarse bien, inventé lo de la compra de la sortija para entretener a Pablo durante dos horas. Tal fué mi idea.

Marq.ª ¡Una idea magnífica!...

Viz. Una idea que se aprovechó. Me consta que la dama que estaba en el estudio de Ramírez no salió en ese tiempo... Dejé quien me avisara cuando saliese a fin de que Pablo no volviese a su casa hasta que la dama hubiera salido.

M. Mad. ¡Dios mío!... Dos horas. ¡Desgraciado!... Y por mi culpa... (Mira compasivamente al Vizconde.)

Marq.ª (A la Marquesa madre con gran indignación.) ¿Has oído, mamá?... ¡Dos horas! Y decías que no serían más que unos minutos, y... fingido. (Irónicamente, al Vizconde.) ¿Y usted, Salar, cree que yo he sido?...

M. Mad. (Queriendo impedir que hable.) ¡Julia!

Marq.ª No. Si se va a saber todo. No consiento en quedar a los ojos del Vizconde como culpable de... lo que no he hecho. ¡Oiga usted, Salar!... Ha de saber usted...

M. Mad. ¡Julia, por Dios!... Se lo diré yo. Es preferible que se lo diga yo.

Marq.ª Bueno. Díselo tú. Pero la cuestión es que lo sepa. ¡No faltaba más!... (Al Vizconde.) ¡Vizconde, no se marche usted sin saberlo! (Vase rápidamente.)

ESCENA VIII

MARQUESA MADRE y el VIZCONDE

Viz. ¡Señora!... No haga usted caso. Yo no quiero saber nada. (Viendo que la Marquesa madre solloza con angustia.) ¡No se ponga usted así! ¿Por qué?... Después de todo se ha escapado bien. ¡Y a mí no me tiene usted que decir nada! ¿A qué viene una confesión conmigo que no soy confesor?... ¡Sea usted generosa con su hija! No hablemos de ella ni de ello. Julia está ya arrepentida. Además... que toda la culpa no es suya... Ya sabe usted el refrán: «La ocasión hace el ladrón.» Julia ha ido al estudio de Ramírez por asuntos artísticos. Han empezado a discutir... Se han acalorado... Lo cual no tiene nada de particular con la temperatura de hoy. ¡La

temperatura contribuye mucho a estas cosas! Crea usted que todo se habrá reducido a eso: a una discusión artística. Hay que ser optimista...

M. Mad. ¡Usted me da valor! Pobre amigo mío. Usted es quien me da valor. ¡Cuánta gratitud le debemos todos!

Viz. Entendámonos. A mí no se me debe nada. Yo no he hecho nada más que prestar mi modesta ayuda.

M. Mad. ¡Oh!... Lo ha prestado usted todo. Nos ha salvado, sí, pero... ¿a qué precio?

Viz. ¡Y dale! Si no he gastado más que dos horas de coche. Cuatro pesetas y la propina... no vale la pena de hablar de ello.

ESCENA IX

DICHOS y JOSEFINA

Jos. ¡Señora Marquesa!... Ahora mismo entra en el jardín la prometida del señor Vizconde.

M. Mad. ¡Ella!

Viz. ¿Mi prometida?... Esto debe ser una equivocación. Yo, afortunadamente, no tengo ninguna prometida. (A Josefina.) ¿Quién es mi prometida?

M. Mad. ¡Jesús, qué mujer ésta! No hay más remedio. Tendremos que retirarla la protección. Está visto. (Al Vizconde.) Es una de las protegidas de la Junta.

Viz. ¿Quién?... ¿Mi prometida?

M. Mad. No. Esta calamidad de criada.

Jos. (Sollozando.) Pero si yo...

M. Mad. Bueno. Basta. Dila a esa señorita que no podemos recibirla... Y eso que... no. Espera... (Aparte.) ¡Como yo no me siento con fuerzas para contárselo, que se lo cuente ella si quiere! (A Josefina) Dile a esa señorita que pase

Viz. Pero la aseguro a usted, Marquesa, que yo no tengo prometida. ¡Palabra de honor! No sé quién puede ser.

M. Mad. Sí, hombre, sí... Se trata de Juanita. Es que

Julia ha vuelto a trabajar en la estatua de Helena. Y como Juanita viene... para evitar murmuraciones hemos dicho a los criados que era la prometida de usted.

Viz. ¡Muy ingenioso! ¿Y viene ahora a trabajar? ¿Cuando ya está anocheciendo?...

M. Mad. No. Ahora viene a hablar con usted.

Viz. ¡Hablar conmigo aquí!... No comprendo...

M. Mad. ¡Pronto lo comprenderá usted todo, pobre y desdichado amigo!... (Vase.)

ESCENA X

El VIZCONDE y JUANITA

Jua. (Entrando, al ver al Vizconde.) ¡Tú aquí!... Me alegro. Tengo que decirte una cosa, antes de que te la digan los demás.

Viz. Y yo tengo que oirla. Me lo acaba de advertir mi presidenta. Pero antes de decirme nada, dame un pellizco, pégame un golpe para que me convenza de que no estoy soñando, de que estoy despierto.

Jua. ¡Estás despierto!... No te quepa duda. Y... óyeme. Quiero que conserves de mí el recuerdo de una amiga leal y que nos separemos amistosamente.

Viz. ¡Separarnos!... ¡Ah, vamos!... La Presidenta de la Junta de Protección a las jóvenes desgraciadas se ha salido con la suya. Ya decía yo que la buena Marquesa no se dejaba vencer. ¿Te ha convertido? ¿Te vas a un convento?

Jua. No, a un convento no. Pero tenemos que separarnos.

Viz. Bueno. ¡Pero antes me darás una explicación! ¿Es que te va mal conmigo? ¿No me porto yo bien?... ¿No te portas tu bien?...

Jua. De eso se trata.

Viz. ¿De qué? ¿De que no te portas tú bien?... ¿Tú? ¡Juanita!

Jua. Mira, Pepe... (Se quita el sombrero y se lo da.) ¿Le reconoces?... Es la prueba de una traición. ¿No recuerdas ya el sombrero que has ocultado en el estudio de Ramírez?...

Viz. Oculté el sombrero de Julia. ¡Y es éste! ¡Comprendo! Te has puesto el sombrero de Julia para que crean que eres tú la culpable ¡Es un heroísmo espartano!

Jua. Espartano precisamente, no. ¡Escúchame.. escúchame sin interrumpirme! La Marquesa madre, enterada de la cita que su hija tenía con Ramírez, y enterada también de que su yerno lo sabía, me rogó de tal manera que, para salvar a la esposa culpable, me fingiese la amante de Eduardo, que acabé por aceptar.

Viz. ¿De modo que eras tú la que estabas en el estudio de Ramíres?...

Jua. Había prometido ir...

Viz. Sí, para fingir... que eras la amante. ¡Claro que has salvado a una pobre mujer... pero créeme que el papel que has hecho no se hace ni por salvar a ls más pobre de las mujeres!

Jua. ¡Es que la madre de esa mujer me había salvado antes a mí, cuando estuve enferma! Había tratado de protegerme luego...

Viz. Lo sé, pero... ¡caramba!...

Jua. Hablé con mi conciencia y la oí que me decía: «¡Vé; salva a esa mujer; restitúyela a su hogar con la frente pura y la sonrisa en los labios; se trata de la hija de una madre a quien debes eterna gratitud; está en una situación peligrosa; sálvala. ¿Qué es menester para esto? ¿Sustituirla?... Pues sustitúyela. Un hombre la persigue y está al punto de alcanzarla. Sujeta a ese hombre entre tus brazos e impide que pueda tender sus brazos a ella.»

Viz. ¿Y tú has obedecido a tu conciencia?

Jua. Como una esclava.

Viz. ¿De modo que cuando yo entré en casa de Ramírez?...

Jua. Creí que entraba solo el Marqués.

Viz. Bien. Pero... ¿y cuando nos fuimos?

Jua. (Cayendo desplomada en una silla.) ¡Ya conoces mi carácter! ¡No puedo decir a nada que no! ¡No puedo!

Viz. Bueno. Pues repito lo que te dije antes. Es un heroismo espartano. Pero no el tuyo: ¡el

mío, que te estoy oyendo y no hago ninguna atrocidad!

Jua. Yo no quería que fuese desgraciada la hija de la Presidente de la Junta. ¡Me lo mandaba mi conciencia!...

Viz. No oiste bien a tu conciencia. Tu conciencia no te hablaba de la hija de la Presidenta, sino del hijo de la madre de Ramírez. ¡Dilo claro! A quien querías hacer feliz era al pintor. (Pausa. Se pasea coléricamente por la habitación.)

Jua. (Tímidamente.) ¡Después de lo ocurrido... comprenderás!...

Viz. Lo comprendo todo.

Jua. Mi conciencia me dicta.

Viz. ¡Haz el favor de decirla que se calle!

ESCENA XI

DICHOS y MARQUESA MADRE

M. Mad. (Avanzando tímidamente, como de mala gana.) ¿No han terminado ustedes aún?... ¿Estorbo?...

Viz. Sí, señora. Hemos terminado para siempre. Y llega usted muy oportunamente. La necesito para entregar en sus manos mi dimisión de Secretario de la Junta.

M. Mad. ¿Su dimisión?

Viz. Sí. Ya se la había presentado a usted, pero la reitero con carácter irrevocable. Comprendí que no servía para proteger feas y ahora veo que no sirvo para proteger guapas tampoco. ¡No me llama Dios por el camino de la protección!

M. Mad. ¡Con lo bueno que es usted!

Jua. ¡Eso, sí... con lo bueno que es!

M. Mad. ¡No ha de llamarle a usted Dios por ese camino!

Viz. Es igual. Aunque me llame no voy, ea... Y, además, no soy bueno. Soy bueno a la fuerza... Pero en fin, se acabó. ¡Adiós para siempre, protectora y protegida! A usted, señora Marquesa, muchas gracias por la generosidad con que ha intervenido usted

en mis asuntos. Y a ti, Juanita, si vuelves a hablar con tu conciencia, ¡dala recuerdos de mi parte!...

M. Mad. ¡No se vaya usted así, Salar! No se vaya usted, sin perdonarme a mí que soy la culpable de todo.

Viz. No, señora. De todo no. Su parte de culpa también la ha tenido Juanita.

M. Mad. Ninguna. Debo proclamarlo y lo proclamo. Juanita es una joven modelo.

Viz. De pintor.

M. Mad. De gratitud, de honradez.

Viz. No lo había notado.

Jua. ¡Pues nótalo, Pepe! Me he sacrificado por gratitud. Me sacrifico ahora por honradez. Te he confesado todo lo ocurrido en vez de ocultártelo. Podía haberte engañado, pero mi conciencia me dijo que no lo hiciera.

Viz. ¡Caramba!.. Ya era hora de que tu concien cia dijera algo con sentido común.

M. Mad. No hable usted así, Salar.

Jua. ¡Cállate, Pepe!

Viz. Está bien. No hablo. Me callo y me voy.

Jua. (Sollozando.) ¡Pobrecillo!

M. Mad. ¡Desventurado joven!

ESCENA XII

DICHOS, el MARQUÉS y DON FERMÍN

Marq. (Entrando con don Fermín) ¿Pero qué sucede? (A la Marquesa y a Juanita.) ¿Por qué lloran ustedes?

Fermín (Aparte.) ¿Habrá tenido el Vizconde un ataque de furia? Ya decia yo que estaba loco.

Jua. Que el señor Vizconde ha dimitido la Secretaría de Junta de protección.

M. Mad. Sí. Eso es,

Marq. (Al Vizconde.) ¿Irrevocablemente? Has hecho bien.

Fermín ¿Que ha dimitido la Secretaría de la Junta de protección?... Caramba, quiero recordar... ¿De la Junta que presidía usted, señora

Marquesa? (La Marquesa madre hace signos afirmativos.) ¿De la Junta que protegía a usted, Juanita? (Juanita asiente con el gesto.) Pues bien... Yo solicito la vacante. ¿Acepta usted, señora Marquesa?

M. Mad. Yo sí.

Fermín ¿Acepta usted, Jnanita?...

Jua. Yo no puedo decir a nada que no... ¡No puedo!

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas